

La Esfera

ATENEOD DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año I * Núm. 11

Precio: 50 cénts.



E
IOT
DR



El Jabón

Ehrmann.

HENO de PRAVIA

es tan apreciado por las damas
como las mejores de sus joyas.

Año I

14 de Marzo de 1914

Núm. 11

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE A. CHERVO

S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

Egregia dama, que goza de grandes simpatías en el pueblo por sus generosas iniciativas en favor de los pobres

DE LA VIDA QUE PASA



Cuadro de la Cena, que existe en la Parroquia de San Esteban, de Burgos

EN ESTOS DÍAS, RECOGIDOS Y HONDOS...

HAY, sin duda, dos medios principales de comprender la vida. Uno consiste en mirarla en conjunto, desde lejos, como un paisaje. A distancia las cosas se dulcifican, se embellecen en ocasiones, se esfuman casi siempre... Cobran, además, grandes líneas, colores enteros, sombra y luz... Es fácil decir: «esto es azul... esto es rojo;... aquello es un mar... esto una montaña». Las personas que miran así el espectáculo de la vida, resuelven *de plano*, y dicen: «esto es bueno... esto es malo» con una desaprensión y una seguridad sorprendentes. Hay otro grupo de gentes contemplativas, enamoradas del detalle, del matiz, del sentido oculto y del fondo de misterio de todas las cosas. Son los aficionados a *desentrañar*. De este grupo salen los grandes filósofos, los grandes reformadores y los grandes escépticos. En el otro grupo *se vive mejor*.

El mundo es como un teatro, donde unos pocos espectadores, nada más, se arman de gemelos y siguen ávidamente la mímica de los actores. Estos pocos recogen el jugo—todo el horror ó toda la belleza,—de la farsa. Los demás... son el rebaño. Rien ó lloran, se estremecen ó dormitan al mismo tiempo. Y son los más felices. ¿Es usted pastor ú oveja, lector amigo? ¿Está en nuestras manos ser de un modo ú otro? Según...

ooo

Tenemos dos géneros de vida: la que vivimos sobre la tierra, *materialmente* y la que vivimos *dentro de otras almas*. Esta segunda vida es infinitamente varia. Como la luz del sol llega, más ardorosa ó más débil, á miriadas de astros, así un alma se refleja en otras almas con resplandores de incendio ó con frialdad de ceniza. Lectora, ¿no vive usted una vida gloriosa en algún alma masculina? Lector, ¿no se encierra lo mejor de su vida en un alma de mujer? Esta proyección de nuestra vida, sobre otras vidas, es lo único que vale algo. Es á lo que llamamos

amor. Lo demás, ya saben ustedes que da lo mismo...

ooo

Lo principal en este mundo es ser bueno. Después, todo: el placer, el vicio, si usted se empeña. Para ser bueno—cosa nada fácil—hay que ser inteligente y audaz. Audaz, para destruir en nosotros mil leyes creadas por el egoísmo de los hombres, é inteligente, para perdonar á los que, siguiendo esas leyes, practican el mal creyendo practicar el bien, y aun á los que practican el mal á sabiendas...

Ser bueno—va sin paradoja—es ser tolerante y enérgico, blando y cruel... Es ser hábil, movable, ligero como la llama, á nuestro favor, que purifica. Sólo las personas de inteligencia extraordinaria—¿cómo ha de ser, lector?—son buenas de este modo y tienen el valor de desafiar la crítica de la bondad oficial.

¿Quiere usted ser bueno *así*? Pues que toda su vida sea un combate por ese *estado de gracia* en que la conciencia, convertida en juez y no en cómplice ni en sofista á nuestro favor, nos consiente vivir sin escrúpulos ni sobresaltos...

No crea usted que es imposible alcanzar este grado de perfección. Cada uno es bueno á su modo. Más claro: dos personas no pueden ser nunca buenas con la misma bondad, porque la bondad, como todas las cosas que se refieren al espíritu del hombre, es modificada por la educación y por el temperamento. Dos hombres inteligentes, el uno sano, de gustos sencillos y de cultura filosófica, y el otro enfermo, vicioso y de

cultura literaria, no pueden tener el mismo género de bondad. La de aquél sería una bondad grave, reposada, apostólica. La de éste, una bondad nerviosa, que empleará la ironía, el sarcasmo y hasta la crueldad como argumentos. Y luego, cada uno, sin saberlo, porque en todo lo humano hay que conceder su parte á lo inconsciente, adaptará la bondad á su idiosincrasia, le dará sus vueltas, la estrechará por aquí, la ensanchará por allá, como un sombrero que moldeamos para nuestro cráneo...

Sí, lector; la bondad ha de ser á medida, como la ropa; ¿usted qué quiere? Somos imperfectos. Mil atavismos nos deforman, y tenemos mil manchas y estigmas en nuestro ser, debidas á los abuelos... ¿Cómo desenterrarlos para deducirles su tanto de culpa? Le da risa, ¿verdad? No hay más remedio que resignarse.

Claro está que ese fondo de herencia se puede remover y limpiar. La voluntad y la cultura son las dragas para semejante operación. Pero siempre, en lo hondo, en lo hondo, quedan residuos del légame original, que vienen á flote cuando menos los esperamos... No importa. *No es culpa nuestra*. Pero una cosa es la responsabilidad y otra la limpieza... del alma. ¿Qué nos importan los orígenes del mal? El caso es desprendernos, sacudirnos de él...

ooo

En estos tiempos cuaresmales, lector, es oportuno conversar con la conciencia. Y por si no le bastan á usted las invitaciones místicas que en estos días recogidos y hondos hace Nuestra Santa Madre la Iglesia, yo le ofrezco estos temas eternos de reflexión y de duda. Son un poco profanos y un poco peligrosos. Pero si usted se desliza y deduce pesimismo de lo que debiera inspirarle fervor y esperanza... no olvide que estamos en los días augustos del perdón. Cristo derrama su preciosa sangre sobre nuestras flaquezas y nuestras desesperaciones.

LA CANCIÓN DEL BUEN AYER

Era como un cristal azul el alma mía:
yo miraba la vida tras del azul cristal,
ebrio de juventud, de amor y de poesía;
mi vida era un ardiente rondel y un madrigal.

Cigarra imprevisora, cantaba noche y día
sin cuidar del granero para el tiempo glacial;
¡qué dulce era cantar cuando la noche ardía
constelada de rosas de luz, tibia y vernal!

Mi corazón se daba en luminoso amor
á la vida, sentía cantar en mi interior
de encantadas fontanas el surtidor sonoro;

de castillos de humo preñado el pensamiento,
bajo el chambergo clásico las melenas al viento,
y el alma viajera sobre una nube de oro...

Paladín del ensueño, era la soledad
la más fiel camarada de mi suerte precita,
huesped de la hostería de la Casualidad,
que es anfitrión que falta casi siempre á la cita.

Cuando llamaba el hambre á la triste orfandad
de mi alma, del cielo puro y azul proscrita,
salfá á recibirle mi loca mocedad,
radiante de quimeras y alegría bendita.

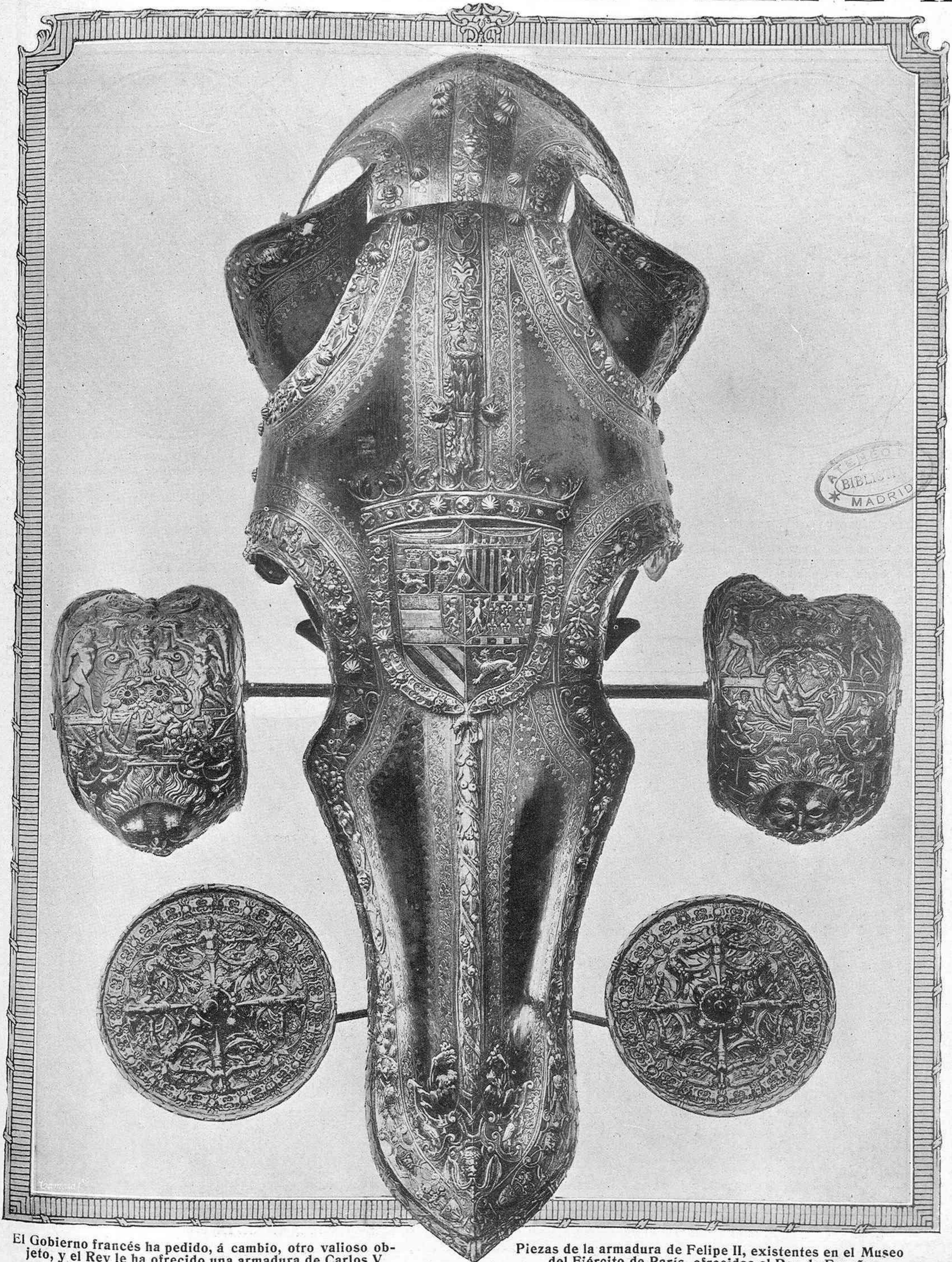
A la miseria sórdida, la brava risa franca,
del corcel de la Gloria prendido siempre al anca,
¡qué importaba que fuese la vida hosca y banal,

si el corazón poeta poseía el secreto
de engarzar sobre el tedio de la vida, un soneto
con los catorce versos bañados de ideal!

EMILIO CARRÉRE

ALBERTO INSÚA

LA ARMADURA DE FELIPE II



El Gobierno francés ha pedido, á cambio, otro valioso objeto, y el Rey le ha ofrecido una armadura de Carlos V

Piezas de la armadura de Felipe II, existentes en el Museo del Ejército de París, ofrecidas al Rey de España

EL TRONO DE ABISINIA



MENELIK
"Negus" de Abisinia, que ha muerto recientemente



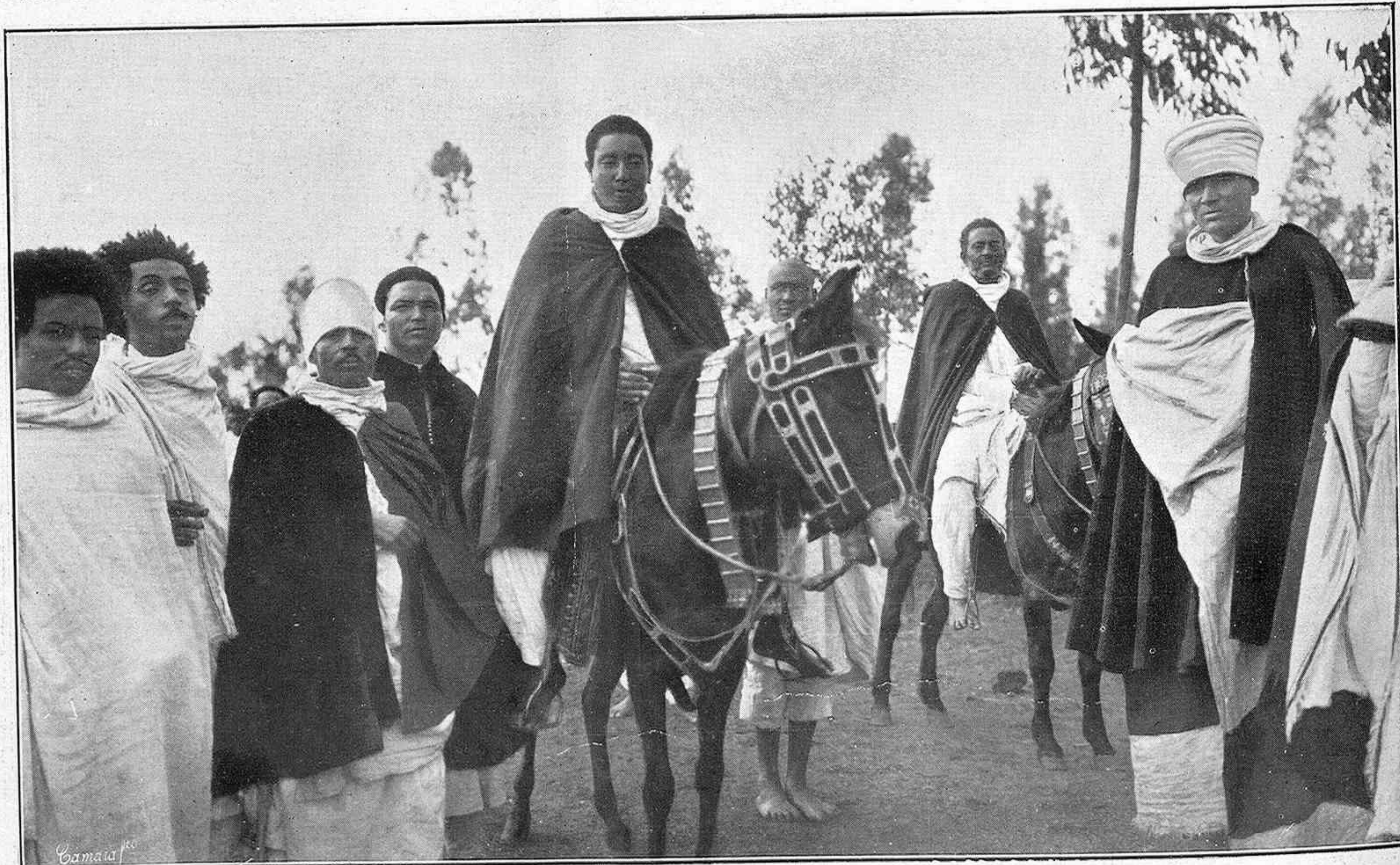
LIDJ JASSU
Herederó é hijo adoptivo de Menelik, nuevo Emperador de Abisinia



VIZERO ZAITU
Emperatriz de Abisinia, viuda de Menelik

El misterioso país africano en donde situaban los antiguos la residencia del *Preste Juan*, y del que, según una leyenda, aquella famosa Reina de Saba, amiga del buen Salomón, extrajo las fabulosas riquezas entregadas al monarca israelista, ha vuelto á ser asunto periodístico. Por décima quinta vez, en el transcurso de cuatro años, se vuelve á hablar del *Negus Mene-*

lik II, el glorioso reorganizador del imperio abisinio y temible enemigo, un día, de los italianos en la Eritrea. Alejado Menelik de la gobernación del Estado, por la vejez y los achaques, en realidad era árbitro de los destinos del país la Emperatriz Uizeró Zaitu. Ahora parece que la muerte de Menelik es un hecho, y que le ha sucedido en el trono Lidj Jassu, hijo adoptivo de Menelik



El nuevo Emperador de Abisinia, Lidj Jassu, haciendo su entrada en la capital del Imperio

CRÓNICA



TEATRAL

EL SAINETE MADRILEÑO

Más de una vez, al terminar la representación de unos de estos sainetes madrileños en que aparece lo más insustancial de la barbarie popular, hemos salido preguntándonos:—¿Qué pensarán del pueblo de Madrid en provincias, si se atienden á la obra que acabamos de ver?—El carácter local, las costumbres típicas, lo pintoresco de Madrid, tal como nos lo ofrece el sainete, dan idea de una pobreza espiritual tan grande por lo menos como la pobreza económica. Miserables, paupérrimos, son de pensamiento, de palabra y hasta de corazón, que es lo peor y lo que están más lejos de sospechar nuestros saineteros. Francisco Grandmontagne, que vino de América deseando encontrar notas de energía, de vitalidad mejor que rasgos característicos decía, que la mayor parte de los conflictos del género chico, se resolvían tirando un panecillo á escena. Ya no desfila sin embargo, por nuestros sainetes, el tipo del cesante, ni tampoco el del poeta clásico, ni siquiera el del maestro. El sainete se ha reducido á otros tipos populares de orden inferior. Más que pueblo es ya plebe y más que plebe, canalla. Y el elemento cómico que podía resultar de la exhibición de estos tipos queda desvirtuado por el triste efecto que causan.

D. Ramón de la Cruz—es inevitable hablar de D. Ramón de la Cruz—puso siempre en lo que hoy diríamos observación del natural, su comentario irónico y zumbón. Basta leer cualquiera de sus más celebrados cuadros de costumbres, para comprender cómo quiso siempre mantenerse por encima del hormiguero que se complacía en describir. Lo prueban todos sus sainetes tragicómicos, aplaudidos por el pueblo de Madrid, como si viera en ellos su caricatura. Y otro gran sainetero, D. Ricardo de la Vega, socarrón de la buena cepa, píntala, en efecto, con mucha habilidad; pero al mismo tiempo se reía. Conste que el género de D. Ramón de la Cruz nunca ha llegado á interesarme. Me han parecido siempre estos escritores populares echadizos de la aristocracia, ó por lo menos de la burguesía, que llegan al pueblo y se entusiasman y conviven aparentemente con él, elogiándole lo típico y característico de sus costumbres, pero sin tener nunca un momento de emoción ni de piedad. La observación burlesca es cruel cuando se trata del pueblo y cuando el autor vive, en espíritu, á cierta distancia; la necesaria para que no le moleste el olor, demasiado penetrante, de humanidad. Pero, ¿qué diremos del sainetero colocado al nivel del pueblo, satisfecho de sus tipos, compañero en gustos y aficiones; igual suyo en cultura y, por lo tanto, enamorado de los modelos?

Como pasión quita conocimiento y como la noción de lo pintoresco llega más vivamente al que se mantiene fuera del cuadro, estos retratos serán falsos, puesto que están hechos desde den-

tro, sin perspectivas, sin términos comparativos.

Lo típico, lo característico de una gran ciudad moderna, pide más la comedia que el sainete ó acaso un género nuevo, no recreado aún, pero que no tardarán en descubrir los autores porque Madrid está completamente inédito. El sainete parece circunscrito á las costumbres locales, tal como aquí las hemos entendido y hasta ahora se divierte presentando de Madrid el fondo que pudiéramos llamar aborigen ó indígena, si no nos asustaran las palabras, y que, con cierta inexactitud geográfica, calificaríamos de manchego. D. Ricardo de la Vega fué más que madrileño un honrado vecino de Getafe. Yo le he visto en la plaza del pueblo en día de toros—esos días tan manchegos, de vino y de sol, de riñas y de bailes—me acuerdo de su cara maliciosa, de sus palabras lentas para que fueran recalcan-

dose las intenciones, y nunca he podido imaginármelo sino en Getafe. El vió muy bien el enlace espiritual de Madrid con esos pueblos labradores que viven á dos leguas de la Puerta del Sol y á cien mil de la verdadera civilización y que comunican con la Corte por la Puerta de Toledo. Consciente ó inconscientemente escribió para ese público medio lugareño, medio cortesano é hizo, en efecto, el verdadero sainete de Madrid, el sainete de barrios bajos. Julián, el cajista, que gana cuatro pesetas *¡maldita sea lá!*... podía ir lo mismo que á la verbera de la Paloma á la de cualquier lugarón de pretensiones; pero en eso hay una formidable crítica que á D. Ricardo le molestaría mucho si pudiera verla en letras de molde: la lentitud, la horrible lentitud del pueblo de Madrid, para salir del viejo cauce lugareño por donde han corrido secularmente sus sentimientos é ideas.

Testimonio de esa lentitud y de esa resistencia, nos lo da, en el sainete, un recurso cómico que usó discretamente D. Ricardo de la Vega, y que han exagerado otros autores después de él: el abuso, más que uso, de palabras extrañas á la cultura de quien las emplea. López Silva, hizo de este recurso legítimo y muy gracioso, el plato casi único de su cocina, bastándole para ello aderezarlo con sal gorda y guindilla picante. Un chulo transformando á su modo el léxico de los artículos de fondo y de los discursos parlamentarios tiene gracia; casi tanta gracia como un negro catedrático. Pero basta esta simple asociación de ideas para comprender lo que significa la insistencia reiterada, una obra y otra, un año y otro año, de ese elemento cómico. Yo creo que no hay tal cosa; que el pueblo no es así, y que los saineteros, incapaces de verdadera observación, nos dan retratos falsos; pero si acertaran, la incapacidad para usar palabras y conceptos que son ya de dominio público, revelarían asimismo incapacidad de civilización. El pueblo de París usa las palabras á su modo, se aprovecha de ellas, las abrevia; las amolda á su gusto y á su comodidad. Muchas veces innova y va buscando matices. Las palabras son para él utensilios y gusta de familiarizarse con ellas. Pero si el pueblo de Madrid fuera como quieren nuestros saineteros, sería sencillamente estúpido y refractario á todo progreso.

Repito que no lo creo. Lo que ocurre es que no ha entrado en el teatro popular ni siquiera un reflejo de la enorme transformación experimentada por Madrid en los últimos años. Así como se transforman las calles se transforman los pobladores. La intensidad de vida, la variedad de oficios y de direcciones para la actividad, la lucha social, ha ido haciendo lentamente el milagro de aumentar la distancia entre Madrid y los lugares de la Mancha. Ciertamente que, á pesar de todo, sigue habiendo materia de sainete, pero eso es lo que necesitan comprender y expresar nuestros simpáticos saineteros.



Mlle. de Vallois
Bella é ilustre actriz francesa

FOT. FELIX

LUIS BELLO



PERRERIAS

ILUSTRES

Si es verdad aquello de que «lo mejor del hombre es el perro», lo más interesante y excelso á que jamás haya llegado la historia de la Humanidad, va á ser lo que, según cuentan las crónicas, se dispone á publicar en Noviembre próximo el Sr. Cayetano Rapagnetta; que así se llama en el mundo ramplón de la prosa el que en las altas esferas de la poesía y del reclamo hace brillar el seudónimo de Gabriel D'Annunzio.

Según ha manifestado á un corresponsal del *Daily Mail*, su próximo libro se intitulará *Vidas de los perros ilustres*.

¡Famoso y hermoso tema, voto al perro de San Roque! Y más edificante, más instructivo, más honrado ciertamente, que las vidas de muchos grandes hombres, cuya grandeza ¿en qué viene á consistir? En lo grande de sus perrerías; y perdonen esta usual comparación—algo injusta para los perros—los futuros héroes de Gabriel D'Annunzio.

Su merced, por lo visto, aspira á desquitarse con ellos de los fracasos que ha tenido estos últimos años en los teatros de París, yéndose á buscar sus personajes hasta en la misma Corte celestial. El maravilloso juglar de las metáforas rutilantes tiene condiciones sobradas para ser el Plutarco de los canes. Mas por lo mismo que el asunto es tan *agradecido*, como solemos decir familiarmente, ya puede el mago de las frases aguzar su peñola para dar verdadera novedad á una de las materias más traídas y llevadas en el arte de alinear renglones cortos ó largos.

¿Qué no se habrá escrito acerca del perro en general, y especialmente de los canes ilustres, como dice D'Annunzio, ya en la historia, ya en las leyendas, bien por sus rasgos generosos, bien por haber sido fieles y amados compañeros de hombres que también ilustraron su paso por la tierra? Hasta para uso de los niños hay libros sobre los *Animales célebres* y sobre *La inteligencia de los animales*, que dentro de su elemental sencillez, conmueven y aleccionan más que todas las pomposas luminarias de la pirotecnia retórica.

Fecundo es el magín del futuro Plutarco canino; mas, por mucho que lo exprima, dudo que D'Annunzio llegue á decir cosas como las que Víctor Hugo dedicó á «los ojos de los perros», espejo transparentísimo de sus alegrías y sus tristezas, de su lealtad incomparable y de su avisada solicitud. Y hablando de páginas más recientes, dudo también que el moderno Cellini de las letras italianas acierte á cincelar páginas superiores á las que Mauricio Mæterlinck, ha consagrado á estudiar y enaltecer la misteriosa compenetración del perro con el hombre. Según ese gran conocedor de nuestros «hermanos inferiores», la tal hermandad es ilusoria en todos ellos, menos en los canes. Podemos hacernos obedecer de los brutos, desde el enorme elefante hasta el humilde pajarillo; desde el caballo hasta el reptil; pero solamente el perro nos ama, nos comprende y se identifica con nosotros, hasta llegar á darnos positivas lecciones de moral, de intrepidez, de abnegación y sacrificio.

No sólo las historias y los poemas, sino los periódicos actuales, traen á diario casos y más casos en abono de lo que con razonadísima elocuencia ha expuesto Mæterlinck: el que ha llegado á escribir un libro, tan exquisito en la forma, cuanto sabio en el fondo, que se intitula *La inteligencia de las flores*.

Queriendo hacerles favor, se ha llamado á los perros «candidatos á la humanidad». Los hay que hasta podrían ser—si no tuviesen el buen gusto de contentarse con ladrar en vez de charlar—candidatos á una cátedra de Ética, con mucho mayor motivo que ciertos inflados y estira-

el desconsolado Hircano, maestro de las viudas del Malabar, que al morir al rey Lisímaco, se arrojó de cabeza en la hoguera donde se consumía el cadáver de su amo... *El sic de cæteris*.

No corrompamos las oraciones ni destriremos el cuento á Gabriel D'Annunzio. Eche por donde echare en su nuevo libro el autor de las *Vidas de perros ilustres*, hable de los que auténticamente existieron ó fantasee acerca de los imaginados por otros ingenios, siempre es de celebrar que se dediquen nuevas páginas á la glorificación de quienes la merecen mejor que innumerables humanos. Con tal ¡oh, insigne Cayetano Rapagnetta! (Rabanillo en nuestro romance), con tal de que no pongas en ridículo á ningún perro ilustre, como hiciste con el mártir San Sebastián, cuando lo encarnaste teatralmente en el cuerpo de una actriz tan guapa como desenvuelta.

El perro es tan importante é interesante en nuestra vida, que á todo libro verdaderamente humano, parece que le falta algo esencial, si en él no figura algún perro. Los pintores saben lo que se hacen. Cuadro en que hay can—¡atesíguelo el de *Las Meninas*!—gana, así como un cincuenta por ciento, en esto que llamamos *calor de humanidad*.

Hay dos libros, en sus respectivos y altísimos lugares, que son primordiales entre los libros todos: los Evangelios y el *Quijote*. Con ser supremos, siempre he echado algo de menos en uno y otro libro. Ese algo era un perro, complemento ejemplar de aquellas figuras y todas sus andanzas.

¡Lástima es que no surja un can, fiel compañero de Jesús, junto al buey y la mula del portal de Belén, la burra de la entrada en Jerusalén y el gallo acusador de Pedro en el pretorio! ¡Lástima es que no pintase también un perro ejemplar, siquier irónico, el ingenio soberano que acertó á dar proporciones casi humanas á Rocinante y al rucio!

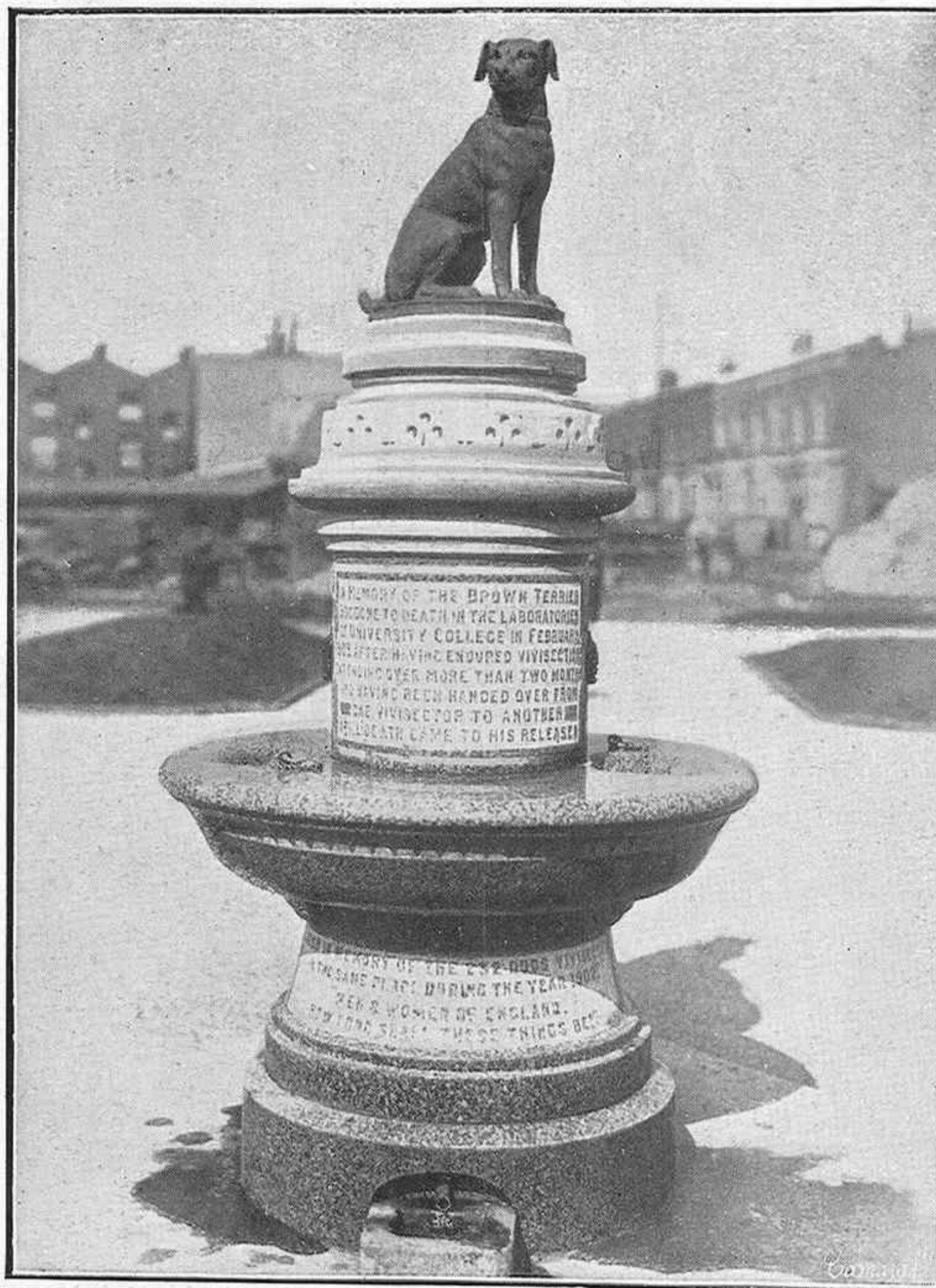
Cierto que Alonso Quijano, antes de transformarse en Don Quijote, tenía su *galgo corredor*; mas no lo vemos en escena. Y á fé que no era porque Cervantes desdeñase la intervención de los perros en la Comedia Humana. Suyos son y hablar les hizo, aquel Cipión y aquel Berganza, que bien pueden pasar, no sólo por ilustres, sino por ilustrísimos, excelentes y eminentísimos personajes.

¿A que no figuran Berganza y Cipión entre los perros que se propone glorificar el «preciosista» Gabriel D'Annunzio?... Eran perros españoles, y por consiguiente, de poco más

ó menos. En cambio—¡como si lo viera y lo leyera!—lo mejorcito de su libro, lo dedicará el fulgente y exorbitante literato, á los cinco ó seis chuchos elegantísimos y pulquerrimos, que á guisa de reclamos vivientes, le acompañan en sus paseos. Y de seguro que les dedicará la obra.

La *cinofilia* bien entendida empieza por uno mismo. Me parece, amados lectores de LA ESFERA, que conozco el percal. Digo, la púrpura y el armiño; que es lo que usa Gabriel D'Annunzio hasta para andar por casa.

MARIANO DE CÁVIA



Monumento erigido en Londres por los Amigos de los Animales para combatir el método de la vivisección sobre los perros FOT. DELIUS

dos varones, cuya austeridad profesional no es sino la máscara que encubre los siete pecados capitales.

Como acontece en ocasiones análogas, no bien se ha anunciado el nuevo libro de D'Annunzio, han comenzado los reclamos (¡ahí va también el mío!) por los cuales tanto se pirra su merced. Y los gaceteros, saqueando las socorridas enciclopedias, han sacado á relucir el perro bíblico que acompañó al ciego Tobías en largo viaje; el fiel Argos, viejísimo ya, que fué el primero en reconocer á Ulises de vuelta en Itaca;

CURIOSIDADES ASTRONÓMICAS

UNA NEBULOSA QUE AMENZA A LA TIERRA

NUESTRO mísero globo está sentenciado á muerte. Pero no morirá por auto extinción, por que, pobre lucecilla del Infinito, se le acabe un bello día el aceite que lleva en su depósito central. Morirá, y este es el último decreto de la Ciencia astronómica, por otras razones más poderosas, y con todos los honores debidos á su noble condición de jaula humana. Su final, lejos de ser en el gran concierto del Universo una triste y melancólica romanza de tenor extenuado y prosaico, alcanzará la magnitud de espléndido concertante *catastrófico*—que diría el personaje de *El orgullo de Albacete*—en el que se convertirá en polvillo incandescente é impalpable, nada menos que todo nuestro sistema solar.

He aquí la apoteosis de gran espectáculo que nos tiene reservada, en sus altos designios, quien trazó con su mano omnipotente en el espacio sin fin, las trayectorias de los astros en la eternidad del Tiempo.

Porque es el caso que nos amenaza un doble peligro sideral: mientras nuestro sistema solar camina hacia la estrella *Vega* á más que buen paso, la nebulosa de *Andrómeda*, á la que algún *Perseo* interestelar ha libertado de su inmovilidad perpétua, se ha puesto en marcha con rumbo á la Tierra. Y tal prisa tiene por realizar esta conjunción astronómica, que, al decir del astrónomo M. Nordmann, del Observatorio de París, avanza á razón de 300 kilómetros por segundo, equivalentes á 1.080.000 kilómetros por hora: una velocidad de la que no se tenía noticia en los itinerarios de los expresos celestes.

Sabíase que la estrella más rápida, *m*, de Casiopea, no alcanzaba como velocidad radial sino 360.000 kilómetros por hora, aventajando en 260.000 á la marcha de la Tierra en torno del Sol, y en 288.000 á la del sistema solar en su carrera hacia *Vega*. Ignorábase tamaña carrera desenfrenada en los espacios incommensurables, donde hasta ahora sólo batían el *record* las ondas luminosas, con sus buenos 308.000 kilómetros por segundo. Ahora ya sabemos á qué atenernos en ese particular.

Al lado de esas velocidades fantásticas ¡cuán ridículas parecen las realizadas en la tierra por el hombre y sus inventos que él tiene por asombrosos! ¡Qué significan, en efecto, los 35 kilómetros por hora de los corredores más veloces, los 200 kilómetros por hora de las locomotoras eléctricas y de los aeroplanos más rápidos!

De todo esto resulta, que la tal nebulosa, inquieta inquilina del éter azul, es la encargada de poner término á la gran tragicomedia subluar. Lo ha averiguado M. Nordmann, y lo acaba de anunciar en uno de los diarios parisienses de mayor circulación. Para hacer tal descubrimiento, le han bastado un modesto espectroscopio y unos cuantos cálculos, infalibles como son casi todos los cálculos matemáticos.

Veamos el sistema que emplean los astrónomos para desentrañar tan oscuros misterios; cómo y de qué manera esos *cronometradores* oficiales de los circuitos celestes—según la afortunada frase de



La nebulosa de Andr6meda, dibujada por el astr6nomo Trouvelot



Fotografía de la nebulosa de Andr6meda, obtenida en cuatro horas y media en un Observatorio del Reino Unido

M. Nordmann—llegan á medir las velocidades de los astros. Es merced al análisis químico de las masas por mediación del espectroscopio. Cuando la luz de una estrella, descompuesta por el prisma de cristal de dicho aparato, se resuelve en una faja ligera, conteniendo todos los colores del arco iris, aparecen en ella varias rayitas negras ó brillantes, cada una de las cuales está caracterizada por un elemento químico dado. Ahora bien, como dicen los matemáticos incipientes y los oradores premiosos, todo el que viaja, habrá notado que si la locomotora de un rápido pasa silbando delante de una estación, el sonido del pito, que parecía muy elevado al acercarse el convoy, desciende bruscamente desde que el expreso empieza á alejarse del edificio. La razón es sencilla: la elevación del sonido depende de la longitud de las ondas sonoras emitidas por el silbato; esa longitud disminuye por la velocidad de la locomotora al aproximarse á la estación, y aumenta, por el contrario, al alejarse. Pues esto mismo acontece con las ondas luminosas, por lo que las rayas de un elemento químico se mueven hacia uno ú otro lado del espectro, en una pequeña cantidad, que permite conocer la velocidad de la fuente de luz, al acercarse ó distanciarse ésta de la Tierra; ó lo que es lo mismo, saber en números su velocidad radial.

Ahora, para darnos una ligera idea de lo que representará una colisión con la nebulosa de *Andrómeda*, cuya última fotografía publicamos, sépase por quien lo desconozca, que dicha señora ocupa en el cielo una superficie mayor, en varias centenas de millones, á la que usufructúa nuestro sistema solar, y que á la velocidad á que se mueve, sólo invertiría veinte minutos escasos para franquear la distancia que nos separa de la Luna, menos de siete días para recorrer la que nos aparta del astro que hemos convenido en llamar rey. Dicho esto, cualquiera imaginación, aunque no tenga nada de calenturienta, puede formarse idea de lo que acaecerá cuando el encuentro sobrevenga. La microscópica partícula terrestre, sorbida por la gigantesca masa nebulosa, quizá arderá como un papellito de seda arrojado en una hoguera.

Aprovechemos, pues, esta época de penitencia, para meditar sobre la inanidad de las cosas de aquí abajo; sobre la incommensurable grandeza de las de allá arriba. Pero no nos preocupemos excesivamente de este encontronazo sidéreo, porque nosotros no hemos de morir de sus consecuencias. La nebulosa de *Andrómeda* está lejos, muy lejos aún. Disparada como viene hacia nosotros, todavía tardará varios millares de siglos en darnos su abrazo mortal. Y luego, dado que la materia nebulosa es, según dicen, cosa en extremo sutil, acaso nuestros lejanos sucesores no sufran mayor incomodidad, de no tener la desgracia de tropezarse con algún embuchado gordo que se traiga la nebulosa de *Andrómeda* en su seno, que la que experimentamos nosotros con la caricia hecha á la Tierra por las barbas del cometa de Halley.

A. READER

LA ESFERA

ARTE DECORATIVO



EN LA TERRAZA, por Manchón

LOS GRANDES LUGARES HISTÓRICOS



EL HUERTO DE GETHSEMANÍ

El histórico huerto de Gethsemaní, uno de los Lugares Santos que visita el peregrino con irrepresible emoción, se halla en Jerusalén, á poca distancia de la Sagrada Ciudad. Hoy es un pequeño jardín, cercado por un muro de escasa altura y pertenece á los monjes franciscanos. En el centro se elevan aún varios olivos milenarios, que sin duda fueron testigos de las dulces pláticas de Jesús y sus discípulos

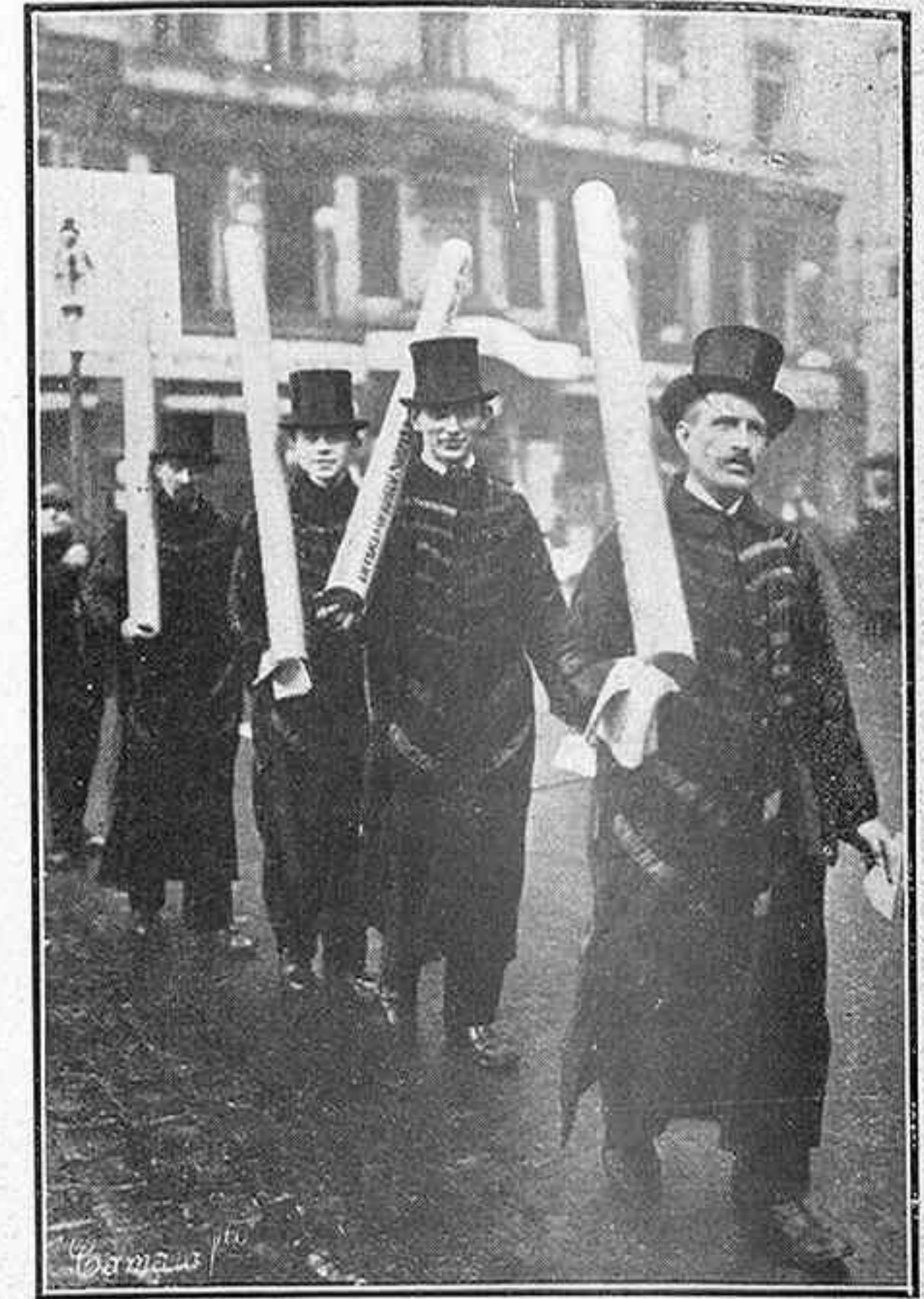
EL FUROR DEL ANUNCIO EN ALEMANIA



Anuncios de un café de Leipzig



Anunciadores ambulantes por las calles de Leipzig



Anuncios de una fábrica de tabletas de salicifatos

Las ferias de Leipzig, famosas desde época remotísima, tienen al presente una nota característica. Es ella la intensidad que alcanzan el anuncio y el reclamo, las dos modernas y poderosas palancas del comercio y de la industria. Des-

de que se inaugura el período oficial de esas ferias, las calles de la gran ciudad alemana, pueblan de «hombres-anuncios», que ataviados de extrambófica guisa, recorren las principales calles, preguntando las excelencias de su mercancía.



La plaza del Mercado de Leipzig, por la que pasan todos los anunciadores ambulantes

LAS CALLES DE LEIPZIG



BIBLIOTECA MADRID

Al iniciarse la Primavera, los industriales alemanes hacen su más intensa campaña de propaganda; recurren á los medios más originales para anunciar sus productos, y el aspecto de las calles no puede ser más pintoresco, como demuestran las fotografías que publicamos en estas páginas. Los alemanes no opinan como los españoles, que el buen paño en el arca se vende, y hacen verdaderos derroches de anuncios, invirtiendo en ello sumas muy considerables

CUENTOS ESPAÑOLES



Primavera

LUCIANO había salido con el carro cargado de muebles y ella estaba sola en la tienda. Después de un invierno sombrío, aquel día era el primer día de sol y, por feliz acuerdo, el primero de primavera. La luz entraba por los escaparates, resbalaba en el barniz de los armarios, profundizando las superficies, hacía fulgir los dorados de las camas, esclarecía hasta el rincón donde se amontonaban los rollos de alfombras, y lo agrandaba todo.

Luisa, desde muy temprano, sintió una necesidad de movimiento que no la dejaba dedicarse a ninguna labor: la limpieza del día agrandaba también sus deseos. Obediente á ellos, subió á las habitaciones privadas, que estaban en el tercer piso, y se vistió una blusa de batista, prendióse al cuello un alfiler de oro, se calzó sobre unas medias caladas los zapatos de charol, y puso en hora su relojito guarnecido con cifras de diamantes, aquel relojito rico é inútil, que después de haber marcado el día de su matrimonio, se había detenido, como un símbolo, para ir á dormir en el cajón de la cómoda, junto á un rosario de su abuela y el ramo de azahar... Una oscura certidumbre de lo que iba á hacer se larvaba ya en su cerebro.

Luisa era mujer de veintiocho años, fresca,

algo nerviosa, voluble, vulgar. Vivía su vida sencillamente, sin obstinarse en prolongar el pasado ni en precipitar el porvenir. Su juventud fué esa juventud de las artesanas de grandes ciudades, que va dejando su fragancia entre vales lentos, convites y excursiones al campo. Luego, á la hora de «pensar en la vida», se casó como muchas muchachas de su clase. Sus padres quisieron unir su dote con el peculio de un hombre trabajador, y sin entusiasmo y sin repugnancia desposó á Luciano, porque desde antes de conocerlo sabía que debía casarse con él. Los negocios se arrastraban con una lánguida uniformidad que consentía vivir: las mismas épocas medianas y los mismos apuros cuando las letras daban en amontonarse. Pero decían á todo el mundo que las cosas iban peor cada año, y Luciano llegó á creerlo de tal modo, que desde el mes siguiente al de la boda comenzó á hablar de ruina, aumentó sus dosis de ajeno, y de continuo torvo, excitado sin estar borracho, inició las violencias: primero fueron bofetadas, después puñetazos; un día le rompió una cornisa de un espejo en la cabeza, ella estuvo dos semanas en cama y él pareció calmarse. Pero al poco tiempo Luisa misma echó de menos los golpes y los provocó. Sus existencias se habían metodizado

así, y ya era imposible orientarles hacia otros derroteros. En el fondo había concordia, y un observador sagaz hubiera visto enseguida cuánto tenían de artificiales los remolinos que turbaban la superficie de su relaciones. A veces ella ó él empezaban las peloterías sin cólera, por hacer algo, y en seguida, á medida que las injurias los caldeaba, se detestaban con un odio violento. Había golpes, gritos, y hacían después una paz dulce y lacrimosa que duraba hasta el día siguiente. El padre de Luciano aseguraba que «aquello» no era una vida.

El la aventajaba en diez años, pero los disgustos lo avejentaron y lo afearon. En la vecindad decían que parecía el abuelo de Luisa y le apodaban *el Hurón*. Para Luciano lo agradable no era estar en la tienda, sino en el taller, con los obreros; montarse en el pescante del carro é ir á recibir ó repartir muebles. En muchas partes se sorprendían al saber que era la casa suya. Si al principio no sabía tratar á la clientela oponiendo á sus regateos la elocuencia de un mutismo malhumorado, después perdió del todo el don de gentes. Siempre taciturno, con la cabeza apoyada en las manos, parecía estar pensando en cosas profundas, y en verdad sólo pensaba en el vencimiento de los giros, cuando pen-

saba en algo, que era del veinte de cada mes en adelante.

Cuando Luisa bajó á la tienda, para emplear su deseo de actividad, cogió el plumero y se aplicó á quitar de los muebles un polvo, viejo ya, que revoloteaba en los haces de sol, cual si fuera oro nuevo. La señora Duprés, su vecina, pasó vestida de claro, cubierta la cabeza con una toca de la que se desbordaban flores y frutos. No eran muy amigas, porque la señora Duprés solía censurar á los maridos rudos, olvidando el que había enterrado el año anterior, pero aquella tarde—sin duda captada por la cordialidad de la primavera,—se detuvo, y dijo á Luisa con una voz que á ésta le pareció servir á los pensamientos vagos que desde por la mañana la intranquilizaban:

—¿Va usted á estar prisionera hoy? Con este tiempo es un pecado.

Luisa la vió alejarse, confundirse con el gentío que desfilaba hacia los muelles. Entonces, resuelta, subió á ponerse el sombrero y los guantes. Después tomó dinero de la caja, é hizo descender á la criada para que quedase en su lugar. Ya en la calle, se sintió libre de aquel peso que la había torturado todo el día. No sabía donde ir, pero sabía que de no haber salido habría sido muy desgraciada. Iba mirando á todos lados, bajando á veces de la acera para poder andar más de prisa, entreabierta la boca para respirar ampliamente, sonriendo á todo: á la luz, á las vitrinas adornadas, á los viejos que la miraban con ojos turbios; iba á pasos menudos, y á pesar de llevar recogida la falda con esa gracia lasciva que ignoraron Dalila y Judith, tenía el aire de un niño. Aquella escapada tomaba á sus ojos la magnitud de algo heroico; era ese desquite que el sentimentalismo toma de las vidas más metódicamente vulgares. La multitud la llevó al puerto sin que ella hiciera nada por enderezar el rumbo. El mar estaba azul; grandes buques salían con estrépito de sirenas y aleteo de pañuelos á los costados, velas blancas y turgentes cabeceaban hasta tocar el agua, las banderas parecían alargarse en el aire ligero... Y ella, sin pensar ya en su vida, lo mismo que si fuera otra persona, veía todo como si lo viese por primera vez. Un bienestar la mecía blandamente, y, sin saber por qué, se acordó de una tierra remota de palmares, pereza y negros antropófagos, de que hablaba un libro leído en la infancia. Al pasar junto á un tullido, que tocaba el acordeón, le dejó dos francos en el sombrero, y se alejó radiante, perseguida por las bendiciones... De pronto, tras un minuto en que el puerto y las calles brillaron con luz roja de llama, todo el esplendor luminoso se degradó; el crepúsculo con su gasa azul de melancolía nubló su júbilo trayéndole el recuerdo de su personalidad. Aceleró la marcha igual que si huiera del recuerdo, y pronto recorrió en el tumulto de una feria de barrio la inconsciencia muelle... Ruidos de varias músicas se fundían con los gritos, con los estallidos secos de las escopetas en los tiros al blanco. Un hombre pasó entre dos mujeres enlazadas por los talles y ella tuvo envidia. Montó en el *tío vivo*, balanceóse en los columpios; hubiese de-

seado estar al mismo tiempo en todas las barracas y alocarse más. Sentía que era tarde, muy tarde, que aquello tan sencillo sería luego difícil de explicar... Ante una construcción de lona un hombre tocaba el tambor, mientras junto á él, un coloso vestido con unas trusas de baño disfrazadas con lentejuelas, exhibía los *biceps* y retaba al concurso. Luisa entró. Y todavía en el aire denso, agrio, enardecida por el espectáculo del combate, gozó media hora de olvido... La lucha fué larga: en las carnes sudorosas, las manos resbalaban sin hacer presa; hubo alternativas, trampas que arrancaron juramentos inverosímiles al público de marineros... Ella deseaba con toda su alma que aquello se prolongase. Una congoja creciente angustiaba su espíritu, tomaba esencia física subiendo dolorosamente desde el estómago hasta la garganta, torciéndose allí en un nudo.

Debía ser media noche. No osaba mirar la

nerlas. Luciano se separó para no rozarla, sin brusquedad. No pudiendo ya reprimirse, ella gritó:

—¿Pero no me hablas? ¿No me preguntas?... ¿Es que no te importa á donde he estado?

Quiso contar cuanto había hecho, pero á las pocas palabras, espantada por el aspecto de mentira que la extraña verdad adquiría en su boca, se detuvo. Un pesado silencio llenó largo rato la habitación. Una cólera arbitraria contra Luciano, porque callaba, le hacía pensar á veces que él era el culpable. Sus ojos fueron cerrándose poco á poco... Estaba ya en esa frontera misteriosa común á la vida y al sueño, cuando sintió el cuerpo de Luciano inclinado sobre el de ella, y se incorporó con sobresalto. El derrumbóse otra vez sobre la almohada, y, al fin, dijo:

—Tú tienes un amante.

Aquella voz opaca, sin la genuina nota aguda, exenta de la rudeza habitual, á ella le pareció

otra voz, y tuvo miedo, un miedo que la paralizaba. Aún intentó una vez las aclaraciones, mas una mano que, resbalando por sus piernas, fué á tocar las medias caladas, le quitó el ímpetu... No; Luciano no hubiera podido comprenderla. ¿Para qué podía ella haberse puesto las medias caladas? Además... Luisa sentía que era preciso hablar, pero las palabras de su imaginación abortaban en los labios... A veces un baluceo casi inarticulado era lo único en que se convertían las ideas de una explicación prolija. Y mientras tanto él volvió á decir lentamente, arrancándose las palabras del sentimiento:

—¿Por qué no me lo hiciste conocer poco á poco?... Pero así..., así... Soy hombre al agua.

En el silencio, sin que ningún ruido lo acusase, Luisa sentía su llanto, aquel llanto nunca visto, que la conmovía, que la transformaba lo mismo que si fuera un agua milagrosa. Y sin embargo, no podía hablar, no lograba urdir ninguna mentira con que suplir la increi-

ble aventura... Al fin la contó, entre hipos que le daban un aire más culpable que contrito... Pero Luciano se mantuvo inmóvil, sin querer responder, ya sin repelerla como al principio, lo mismo que si su alma antes ruda y su cuerpo hercúleo, se hubieran insensibilizado... Una hora pasó, y otra, y otra... Luisa lo sentía despierto, y pensaba con horror en la madrugada, en la luz que los obligaría á verse... Al fin, en medio de un remolino de halucinaciones, sintió los ronquidos que tantos años la habían hecho sonreír, y que ahora, la herían y la libertaban al mismo tiempo. Entonces, dominada por la convicción de que ya él no le pegaría más, de que ya era débil, de que su vida no volvería á ser «aquella vida», Luisa se levantó con sigilo, se puso un vestido, y sin pensar ya en nada concreto, empujada por una alud de ideas abstractas y persuasivas, guardando sólo de lo sucedido el horror del amanecer, que habría de traerle la visión de los ojos llorosos, abrió el balcón, respiró un minuto el mismo aire fragante, ligero, que la había ayudado á andar toda la tarde, y serenamente, sin arrebatos, se dejó caer hacia la muerte...

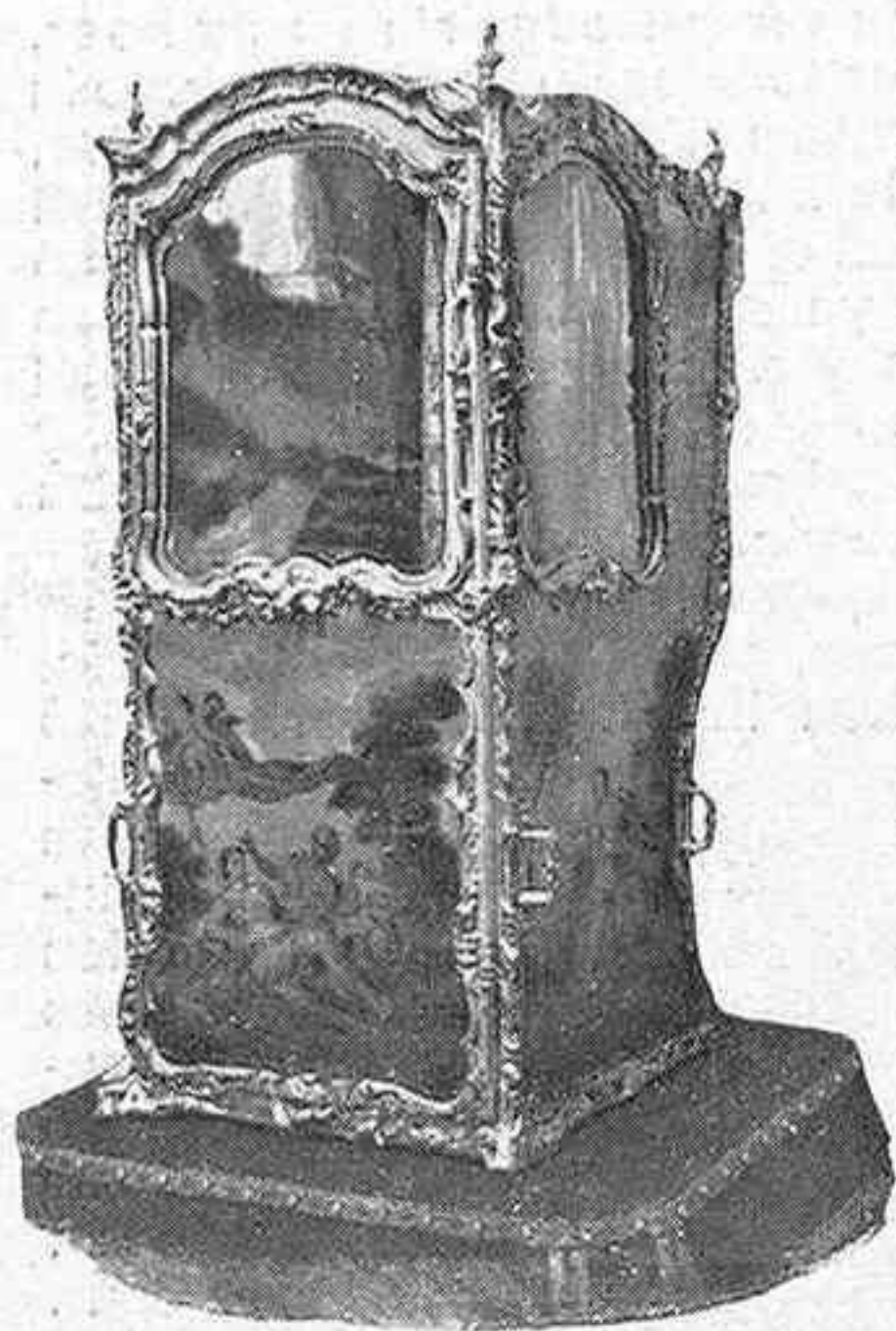
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
DIBUJOS DE MEDINA VERA



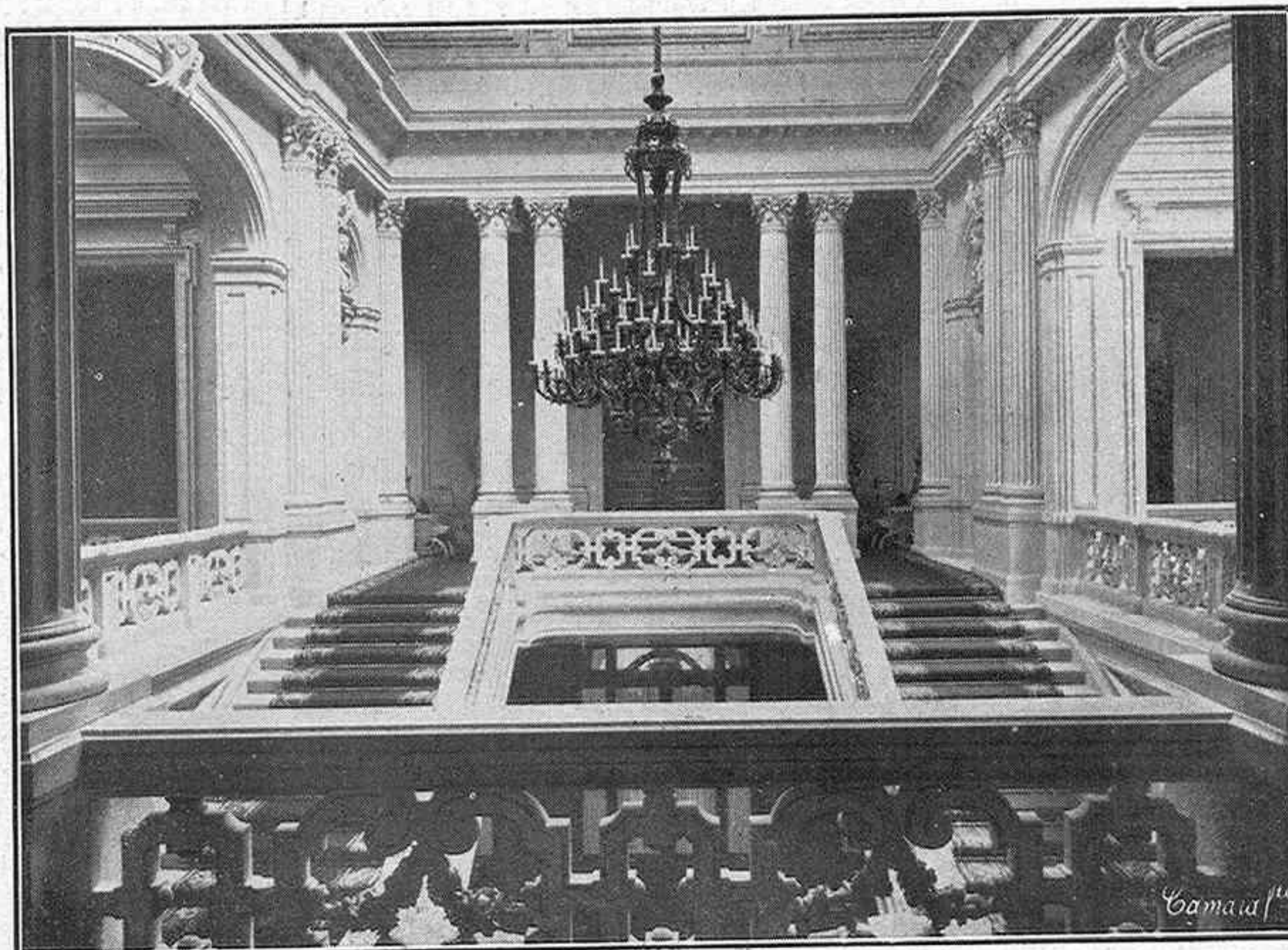
hora en el relojito que sentía palpar junto á su corazón.

Al salir de la barraca, las demás luces de la feria se habían extinguido. En algunos puestos, mujeres de somnolientos ojos contaban el dinero, y la gente iba esparciéndose, alejándose. Se encontró sola. Por una reacción contra el ansia de alejar la hora del retorno, quiso creer que podría justificarse ante Luciano, que podría contárselo todo, simplemente. Sí, era preciso regresar. De una caminata, sin pensar otra vez, llegó hasta su casa; abrió la puerta... Mas de súbito, se dió cuenta de que aquello tan sencillo sería imposible de comprender, y se dijo que la noche tendría que concluir lo mismo que tantas otras: con denuestos, con tirones de pelos, con golpes que dejaban en la piel manchas azules—se acordó de la cornisa y pensó:—acaso con sangre. Luciano estaba en la cama. Luisa comenzó á hablar con volubilidad, embrollándose. Le preguntó si quería que calentara la cena y no obtuvo respuesta. Aquel silencio concluyó de desconcertarla... Luisa hubiera dado la vida por un reproche, por un insulto, por un puñetazo... Y nada: él frío, inmóvil... Tendióse á su lado y sus piernas se pusieron á temblar sin que lograra dete-

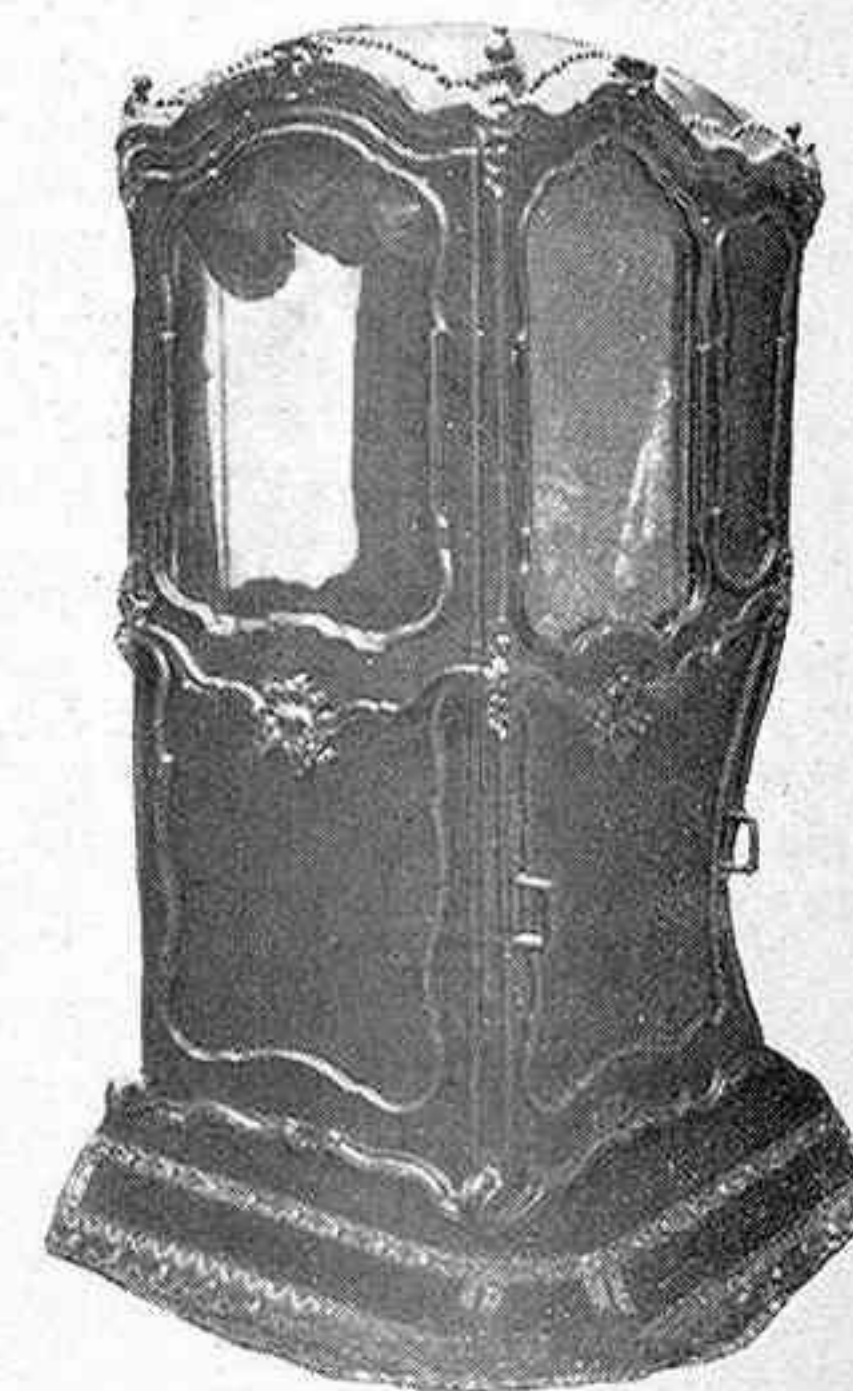
LA GRANDEZA DE ESPAÑA
EL PALACIO DE LOS DUQUES DE MEDINACELI



Litera de la casa



Detalles de la escalera principal del Palacio



Litera de la casa

EL magnífico palacio de Medinaceli, ornato de una de las más bellas plazas de Madrid, fué mandado edificar por el Duque de Uceda, que puso en la fachada sus escudos, que aún se conservan; lo vendió después al Marqués de Salamanca, y á éste se lo compró, en Abril de 1878, doña Angela Pérez de Barradas, Duquesa viuda de Medinaceli, que adquiriendo después solares colindantes, llegó á poder edificar caballerizas, oficinas y pabellones de servidumbre, ampliando también el palacio y dando una extensión á los primitivos jardines.

Al unirse la Duquesa en matrimonio con el señor D. Luis de León, tomó los títulos de Duquesa de Denia y Tarifa. Fué entonces la rica mansión noble asilo de artistas: poetas, pintores, escultores, lo mejor de la época desfiló por aquellos salones; los Méridas, Domínguez, Grilo, rodeaban á la dama que rindió homenaje al talento.

Al morir dejó seis hijos, y de uno de ellos nació D. Luis León Fernández de Córdoba y Salabert, Duque de Medinaceli, de Feria, de Segorbe, Cardona, Alcalá, Lamiña, de Santisteban; marqués, diez y seis veces; conde, catorce; vizconde, tres; y diez, grande de España; actual propietario del palacio, y casado con la noble doña Ana Fernández de Henestrosa y Gayoso de los Cobos, hija de los marqueses de Camarasa.

Da acceso al palacio un soberbio portalón, á cuyo frente se eleva majestuosa la escalera de honor, en cuyo centro pende una magnífica lámpara de bronce.

En el primer descanso, se admira un banco, portentosa talla del siglo xvi, que era en donde los antiguos duques de Medinaceli ejercían la Justicia.

Los bellísimas sillas de mano á derecha é izquierda le guardan.

Magníficos salones de baile ocupan la parte preferente del primer piso. En ellos no fueron muchas las fiestas celebradas; pero es inolvidable la que en Junio de 1911 tuvo lugar con ocasión de las bodas y á la que asistieron más de cuatrocientos invitados.

En la actualidad triunfa el *cine*, y nuestro admirable Campúa con él; allí se celebran animadas proyecciones, á las que acuden parientes y amigos íntimos.

Magníficos cuadros de Jordán sobre asuntos de la Jerusalén del Tasso, y cuadros de Murillo, adornan estas estancias.

Pero con ser todo admirable, nada tan rico, tan interesante como la sala de armaduras.

la cena, de la escalera y del baile, siendo también de gran estima unas tiras en que resaltan, entre bustos de reyes, escudos y emblemas.

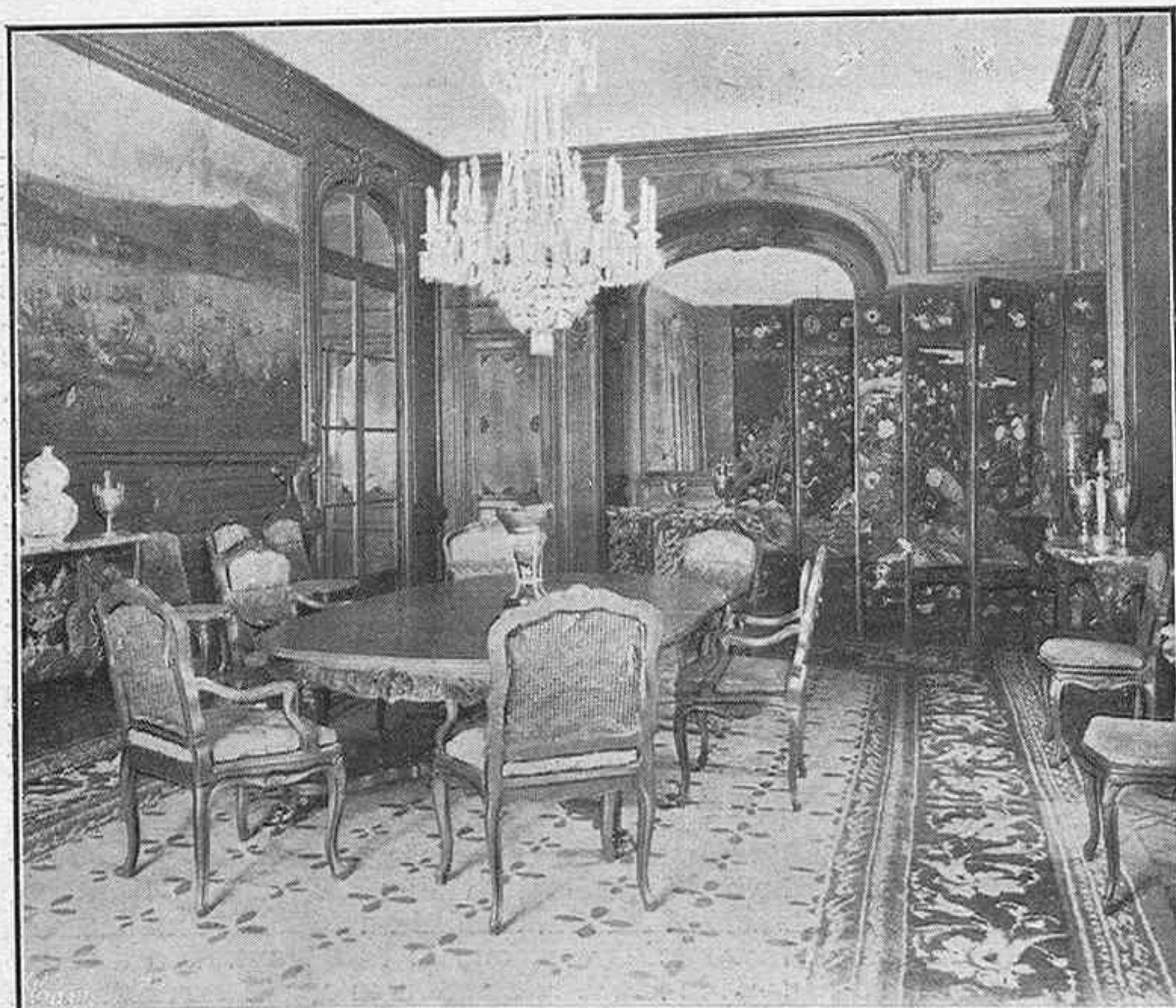
Las armaduras merecen por sí solas un detenido estudio; labores de artistas inmortales, recuerdos de tiempos gloriosos, evocación de otras edades, son aquellos aceros que fueron honrados por D. Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, ascendiente del duque

Panoplias inestimables, escudos, pendones, los timbales con que se hacía publicar la Bula, un modelo del navío *La Real Trinidad*; la armadura del duque de Feria y una del Gran Capitán cuando era niño.

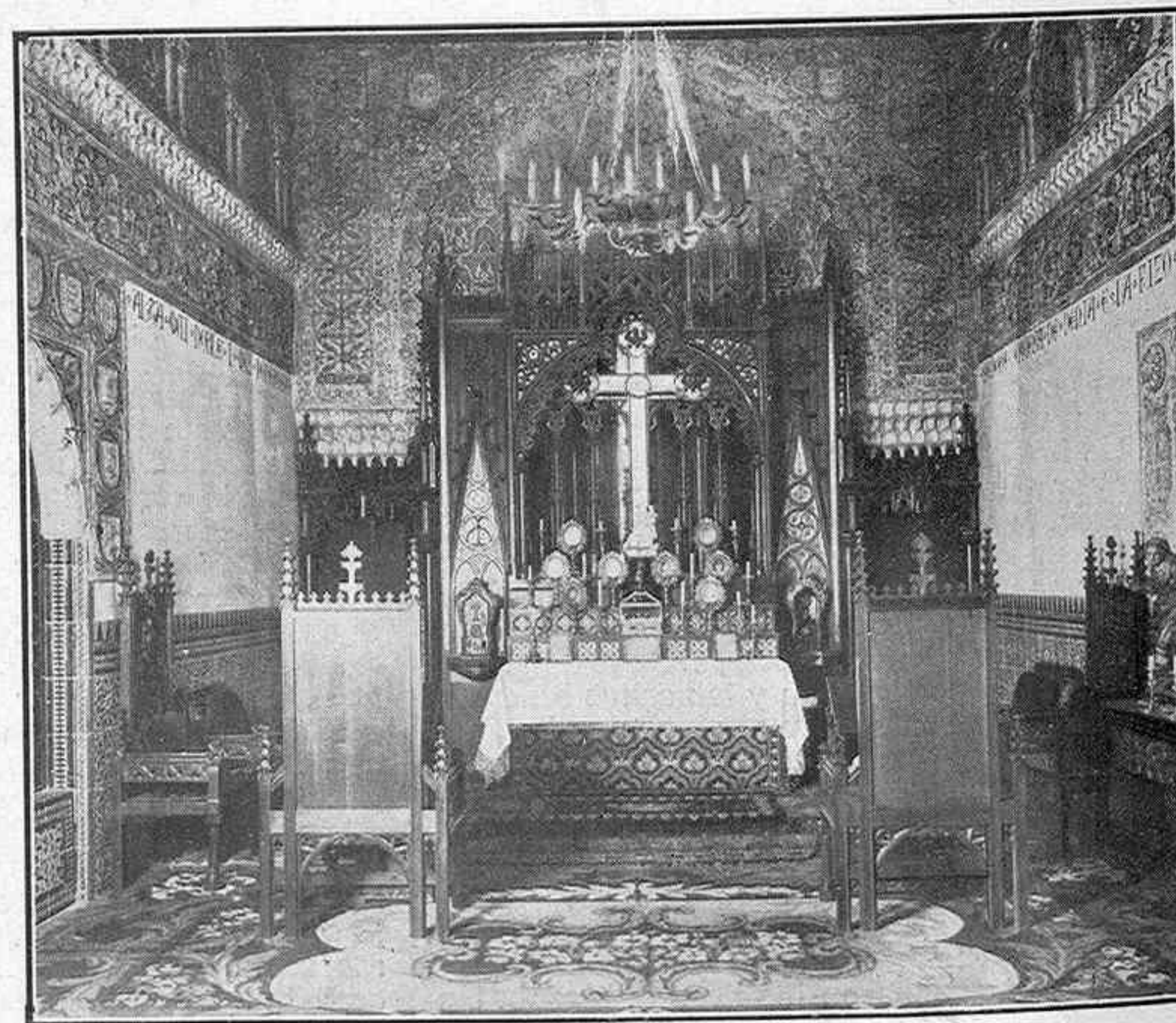
Este es el sagrario heroico del palacio del Duque.

En la capilla, una admirable imitación de la de San Juan de los Reyes, de Toledo, puso el insigne Mérida todo su arte.

El Duque, amante de la caza, aficionado á las grandes expediciones, como lo prueba las que hizo á Africa y al Polo, tiene una soberbia colección de animales disecados; en su museo, cuidado con todo detalle, no faltan, desde los osos.

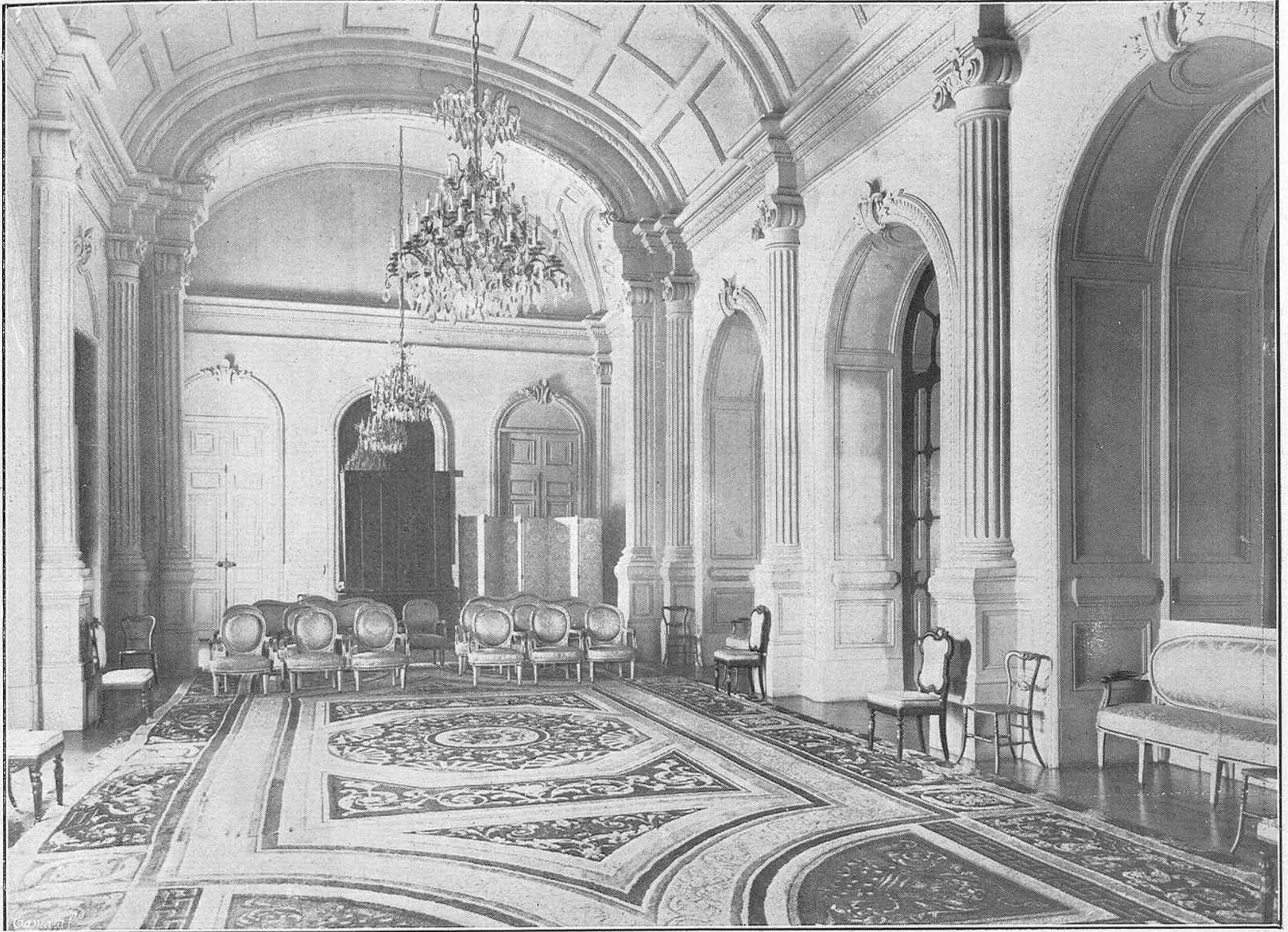


Comedor, en el que hay un lienzo de gran valor artístico



La capilla del Palacio, de estilo árabe

FOTS. CAMPÚA



Gran sala de fiestas del Palacio de los duques de Medinaceli

girafas, panteras y leones, hasta los curiosos pingüinos; de cada viaje procuró traer los más preciados ejemplares.

Tres meses del año, suele pasarlos cultivando la caza, y en su magnífica finca «La Almoraima» organiza notables monterías.

Las caballerizas del Palacio, son hoy un espléndido *garage*, pues el Duque no emplea para su servicio de población más que automóviles, y sólo se guardan allí las dos carrozas que han

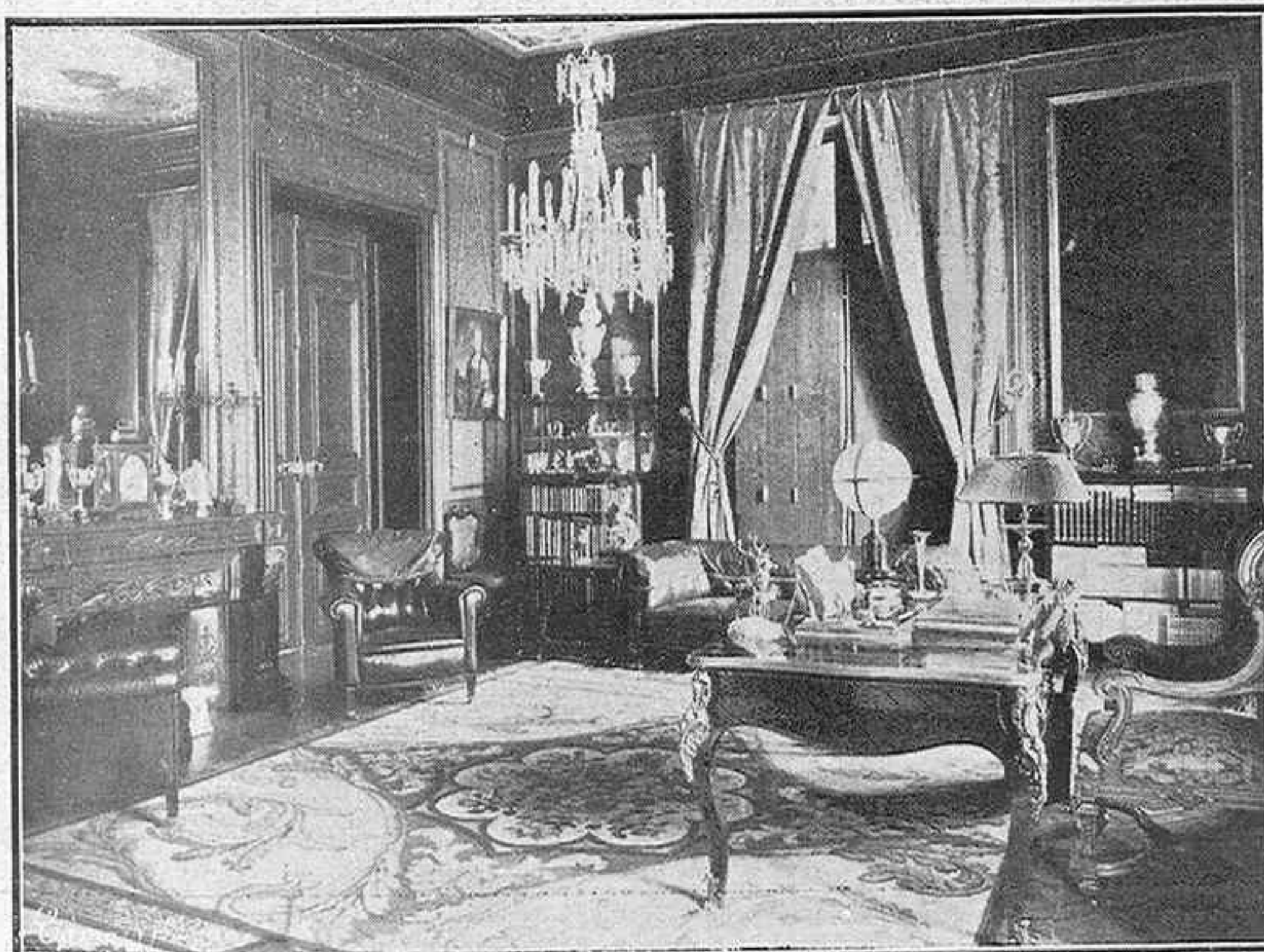
figurado en los cortejos reales de bodas y coronación.

Y por último, respondiendo á su gloriosa tradición, se preocupó el Duque de realizar la gran obra del arreglo de su preciada biblioteca, que encierra más de veinte mil volúmenes y en la que historiadores y bibliógrafos tan eminentes como el Sr. Fernández de Béthancourt y algunos otros, han hallado alguna vez datos y noticias interesantísimas.

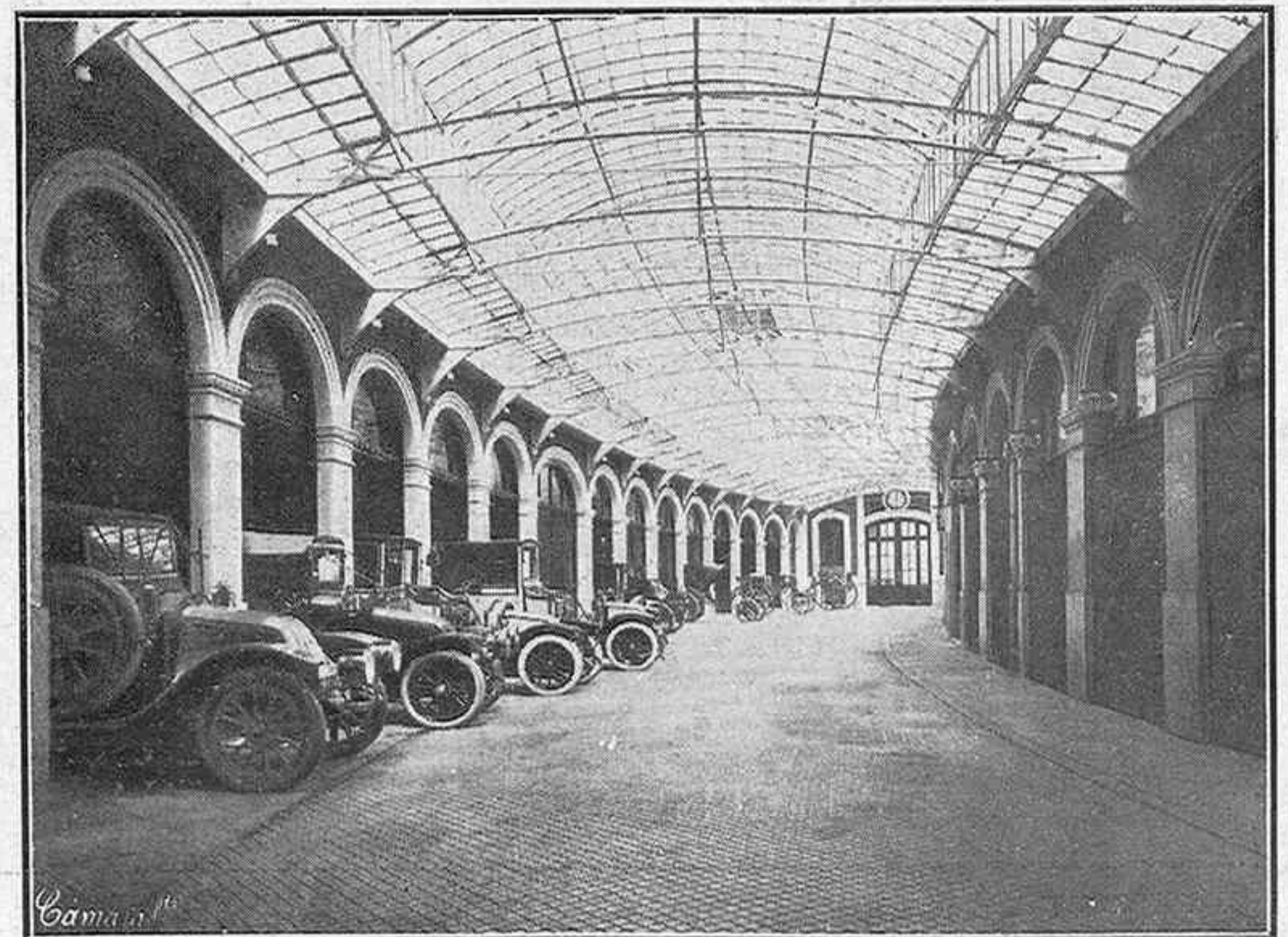
Se haría interminable el relato de todas las bellezas que el Palacio guarda, entre las que se cuentan espléndidas joyas de familia, de las cuales es famosa el collar de perlas que luce la Duquesa en noches de fiesta, y que algunos suponen perteneció á María Antonieta.

El actual Duque ha sido diputado dos veces, y en la actualidad ingresará en el Senado por derecho propio.

MIGUEL DE LA CUESTA

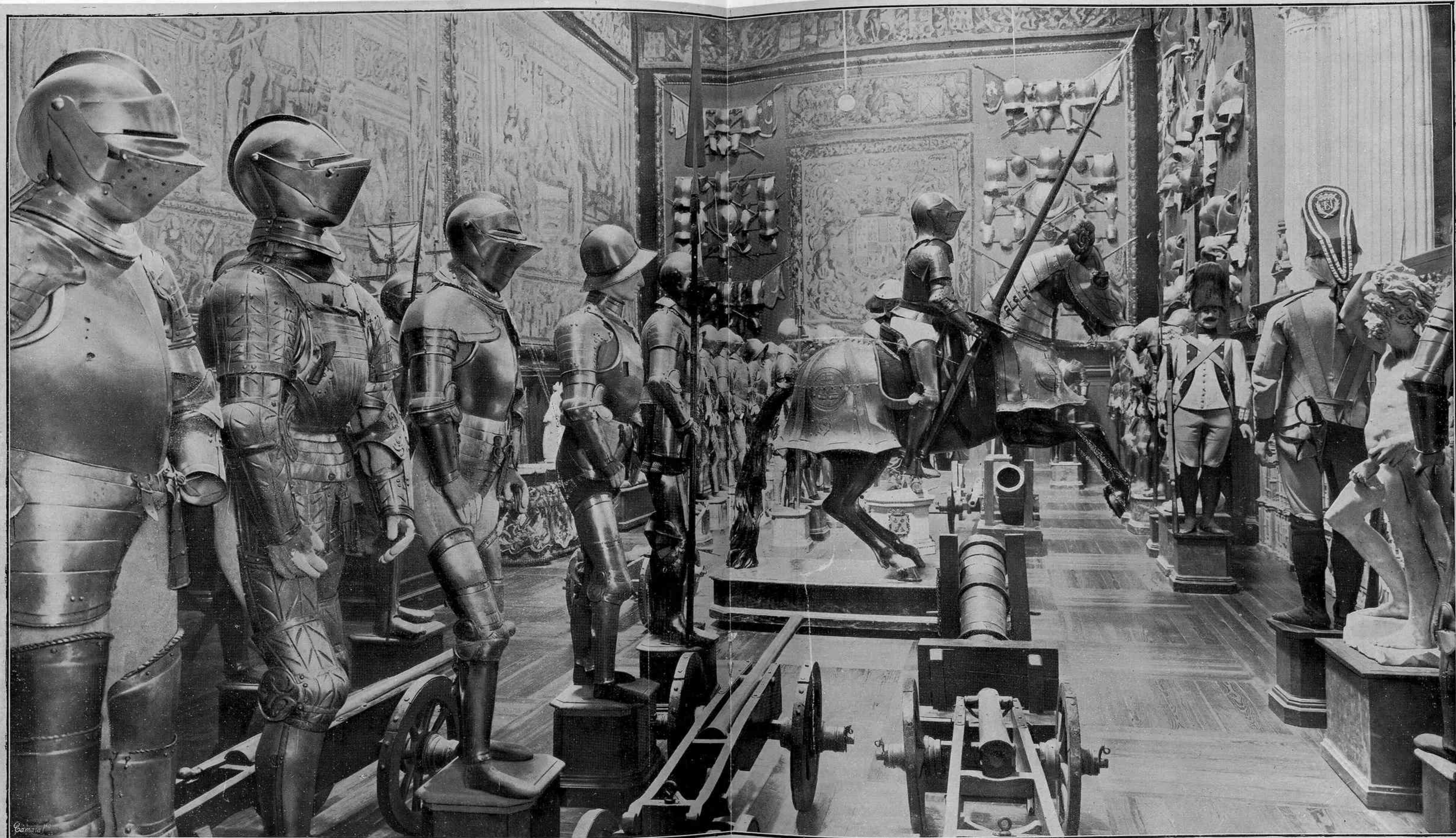


Salón-despacho del duque de Medinaceli



Galería de las caballerizas del Palacio

FOTS. CAMPÚA



Armas de los ducados de Denia y de Medinaceli, pertenecientes al Gran Capitán y otros heroicos antepasados de dichas linajudas familias, y que son como un resumen de las épocas más gloriosas de España

FOT. CAMPÚA

BIBLIOTECA
M.F.

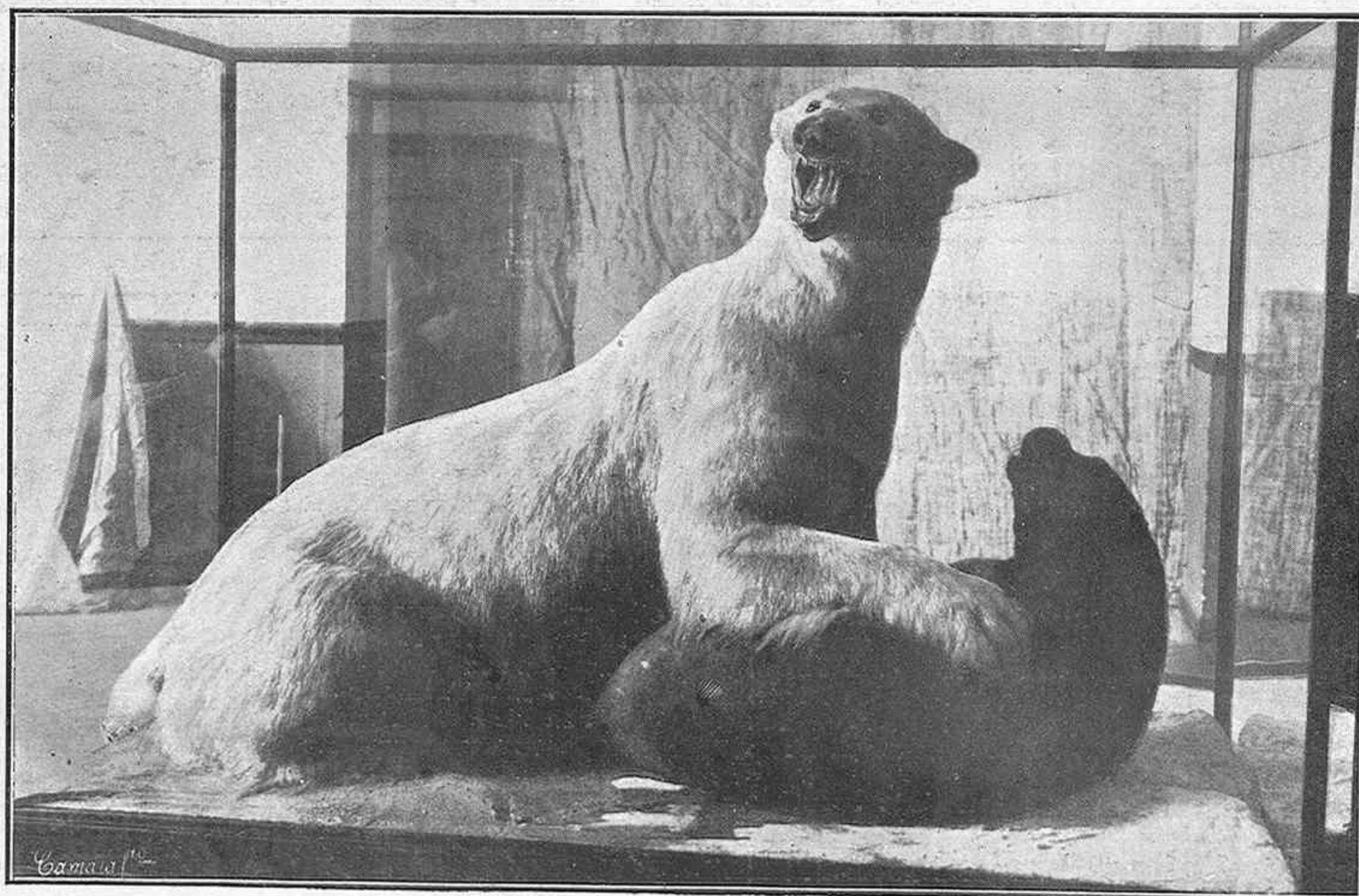


Aspecto de una de las salas donde tiene instalado su museo cinegético el Duque de Medinaceli

UN MUSEO CINEGÉTICO

CAZADOR experto y viajero infatigable, el actual Duque de Medinaceli, suele armonizar su afición al noble deporte cinegético y la tendencia de su espíritu á visitar países exóticos, en jornadas venatorias, que son al mismo tiempo de exploración y de estudio. Así, raro es el invierno que, reuniendo en torno suyo á varios amigos íntimos, excelentes escopetas como él, no emprende una excursión de caza al interior de Africa ó á las Indias inglesas, ó bien, apenas repuesto de las fatigas de un viaje de esa clase, acomete, aprovechandola estación favorable, un largo paseo por las latitudes polares.

El resultado de esas cacerías emo-



Osos blancos, cazados por el Duque de Medinaceli

FOTS. CAMPÚA

cionantes, arriesgadísimas y costosas, á las que con tanto entusiasmo se entrega el simpático aristócrata, ha sido la constitución de un museo venatorio en la suntuosa morada del Duque, acaso único en su género en el mundo, no sólo por la abundancia de los ejemplares, muchos de ellos expuestos en magníficas vitrinas, sino por la rareza de las especies. Con ser admirables las riquezas artísticas que el palacio atesora, para un ferviente devoto de Nemrod este museo, en el que figuran desde el ave del Paraíso hasta el gigantesco hipopótamo y el oso polar, constituye un tesoro de valor inapreciable, y digno de ser conocido y estudiado.

LA ESFERA
EL ARTE EN LOS PALACIOS DE LOS PRÓCERES



ALVARO DE
BIBLIOTECA *
MADRID *

Bajo relieves y fuente de Benlliure en una de las mesetas de la escalera de honor del Palacio de los duques de Medinaceli FOT. CAMPÚA

PÁGINAS POÉTICAS



AMOR DE HOGAÑO

Desdenes me das, y quieres
con tus rigores matar
este corazón que hieres
por el delito de amar.
¡Frívolas sois las mujeres!
y no os paráis en pensar,
que el veterano Cupido,
consecuente en su manía,
trueca el amor en olvido
y el odio en idolatría.
¡Julietta! ¡Señora mía!
ya se acabó aquella edad
en que la gente moría
de amor y fidelidad.
Si hoy la mujer más honrada
puede ser, sin ser coqueta,
giraldilla enamorada
buscando al que más la peta,
también al hombre le agrada
ser en sus ocios veleta,
y si ella dando un suspiro
dice al cabo: «te olvidé»,

él jamás se pega un firol
ni aun entona el «yo pequé»,
sino que su amor poniendo
en volcánica misiva
y el *sic transit*, repitiendo
vierte lágrima furtiva
y remoja amor y fe.
Tiene el hombre á la moderna
como innovador prurito
el pensar que es sólo un mito
lo de la pasión eterna.
La inconstancia nos gobierna,
y los amantes desvelos
que para nuestros abuelos
eran tortura y encono,
ni tienen Corte, ni trono,
ni zaguanetes de celos.
El más concienzudo, trata
de pintar en su blasón
alguna cotización
de Bolsa, en campo de plata.
No se indigna ni arrebatá

por la que su amor le da,
y cuando á casarse va
las ventajas huronea
como aquel que chalanea
una mula en Alcalá.
Yo, señora, te he querido
á la chamberga, llevando
mi alma de amor suspirando
y el bigote retorcido;
mas, como el tiempo he perdido,
busco la compensación
hurtándote el corazón
que no quisiste, en mal hora;
mas... consuélate señora,
que hallarás sustitución.

¡Duces símbolos! ¡emblemas
de amor! ¡cánticos! ¡poemas!
¡trovas del salterio de oro
que antiguamente pulsaban
los que en los labios llevaban
el perpetuo «¡yo te adoro!»

Bien hicísteis en sonar
en pretéritas edades,
para idílicas beldades
que morían por amar.
¿Mas quién os puede invocar
en este tiempo prosaico
que se burla de lo arcaico
y mezcla amor, odio, pasión,
egoísmo y ambición
en diabólico mosaico?
¡Amor! si divino fuiste,
hoy, en tabla pitagórica
de nuestro siglo alegórica
práctico te convertiste.
¡Desdichado fin tuviste!
Garduña, se hizo el neblí.
Botón de pitiminí,
la rosa de Alejandría.
¡Amor! ¡Nadie pensaría
que tú acabarás así!

LEOPOLDO LÓPEZ SÁA

TIPOS Y COSTUMBRES SIRIAS



ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

UNA MANTEQUERÍA PRIMITIVA

Sin duda hay un salto de varios siglos entre las fábricas de manteca de Holanda y Dinamarca, con sus salas pulcras y blancas como las de una clínica operatoria, y ese tenducho sirio en el que dos manipuladoras indígenas elaboran el sustancioso producto. El procedimiento es por demás primitivo. La mantequera está constituida por una odre de cuero de cabra, en la que unos cuantos palitroques mezclados con la leche, baten el líquido en el movimiento de vaivén á que se somete el recipiente durante media hora

DE NORTE A SUR

Otto Umfried

El comité sueco del Premio Nobel, ha elegido ya candidato para el Premio de la Paz. Pronto la paloma simbólica levantará su vuelo con el ramo de oliva en el pico...

Si este vuelo en vez de ser simbólico, tuviera realidad visible, el hombre á quien premian ahora su amor á la humanidad, no podría verlo. El pastor Otto Umfried, es ciego.

Le han cegado los libros y las lágrimas. Nadie como él ha odiado la guerra y lo ha dicho de más valiente manera. En su corazón latían todos los dolores y todas las angustias. Como el beato de *Las florecillas*, daba el nombre de hermano á cuanto existía en torno suyo y más allá de los horizontes.

Pero la humanidad no oye estas voces de los hombres humildes que odian el crimen, la codicia y el orgullo. Las fanfarrias guerreras, los estampidos de los cañones y las vacuas arengas que llaman patrióticas, no la dejan oír tampoco.

No importa. Los hombres de buena voluntad siguen su camino, y si la humanidad no les oye, no se desaniman y la siguen hablando buscándole los nobles resortes que se ocultan bajo corazas ó se enmohecieron con la sangre de las heridas.

Otto Umfried, acaba de reunir en un libro titulado *Europa á los europeos*, sus veinte años de propaganda pacifista.

Coincide la publicación de esta obra, con la concesión del premio Nobel. Otto Umfried lo espera leyendo en un libro de ciegos, con las manos que no empuñaron jamás un arma homicida.

¡Quién sabe! Tal vez esa ceguera le permita ver la silueta blanca de la paloma simbólica en el azul de un cielo horro de nubes.

Y acaso pueda imaginar que ese ave, cruzó por campos cultivados, por ciudades prósperas, y no por campos de batalla, ni sobre ciudades empobrecidas para sostener sus ficticios poderíos guerreros...

La exaltación inmoral

París ha elegido su Reina de las Reinas. Se llama la Srta. Marcela Guillot, tiene dieciocho años, unos bonitos ojos de madrigal y es modista.

Para la Srta. Marcela Guillot, empieza ahora un reinado efímero y turbulento, que acabará como acabaron el de las *Reinas* de otros años. La caricatura de cierto semanario satírico, volverá á ser una actualidad. En esta caricatura, un mozo de mercados conversaba con una muchacha y le decía tristemente: «*Pour quoi n'êtes vous plus la même á mon égard?*» Y ella, bajando los párpados para mirar al recuerdo, respondía: «*C'est que... depuis... j'ai reçu un baiser de monsieur Poincaré.*»

¿No hay en este diálogo un completo é irremediable derrumbamiento de la paz perdida para siempre? Es la leyenda que se monta sobre la vida.

La exaltación de la *Mi Cäreme* es inmoral,

porque no es definitiva. Al volver á la vida cotidiana, alcerrarse el ventanal abierto un momento sobre el lujo y la frivolidad, la melancolía se cambia en desesperación, y tal vez de esta desesperación surja la rebeldía.

Marcela Guillot ha vencido por hermosa á otras mujeres. Paseará por París la belleza, un poco asombrada de sus claras pupilas, recibirá el beso del Presidente de la República y al acosarse, después de la fatigosa jornada de vértigo



MLLE. MARCELLE GUILLOT
Reina de las Reinas de la *Mi-Cäreme*, de París

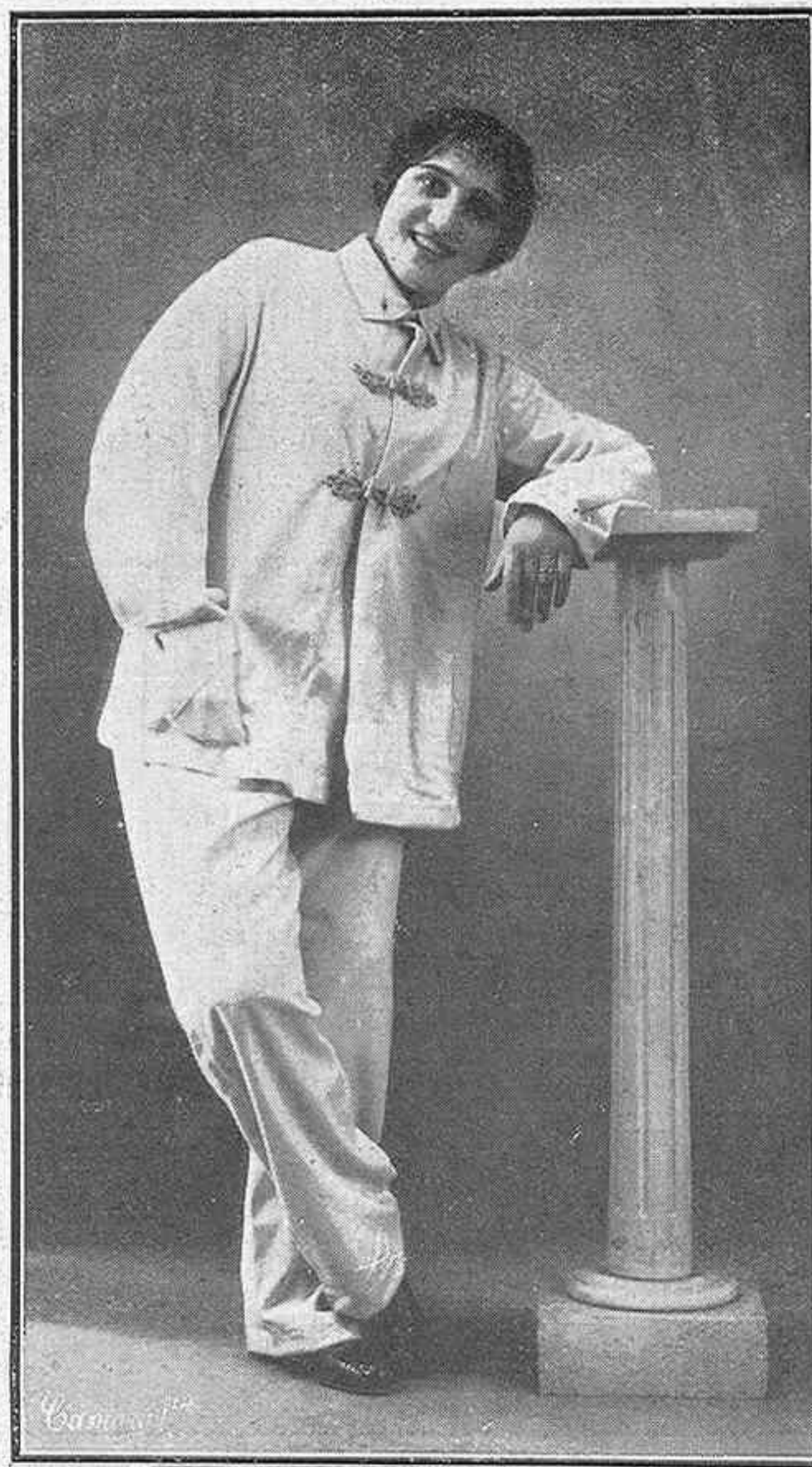
y de luz, rendida de cansancio, soñará que esta realidad feliz vivida durante unas horas, no desaparecerá. Al día siguiente, los ojos mirarán menos asombrados, la sonrisa será más altiva, Marcela empezará á sentirse Reina.

Sin embargo, esta fiesta de la *Mi Cäreme*, este relampagueo de Carnaval en la noche de la penitencia y del arrepentimiento, pasa pronto.

Marcela vuelve á su existencia obscura. No es menos linda, ni menos dignos del madrigal sus ojos claros; no es menos virtuosa que antes, ni cose con menos primor. Pero ya la vida no se acercará á ella como antes.

Fué la vanidad de París y París olvida sus vanidades. Marcela no puede olvidarlas. No puede desempeñar con moneda de olvido su antiguo vivir tranquilo y parco.

Pasados muchos años, unos sobrinitos rubios vendrían á apoyarse en las rodillas de tía Marcela. Tía Marcela será entonces una viejecita, solterona y bondadosa, que les dirá sonriendo, amargamente: «¿No sabéis? Yo fuí una vez la Reina de las Reinas...»



La última moda en París, hace que las damas usen para andar por casa, por las mañanas, un pyjama igual al que llevan los hombres

Pyjamas femeninos

No sólo las sufragistas yanquis, inglesas y holandesas quieren igualarse á los hombres. También las damiselas elegantes lo intentan.

Pero mientras aquéllas aspiran á una igualdad noble, elevada, éstas se conforman con una igualdad de indumentaria «para andar por casa».

La moda impone los pyjamas á las mujeres. En vez de las batas, de los saltos de camas, de los encajes, las sedas frufuantes, las telas holgadas y suaves, los pyjamas hombrunos.

Algunas hasta se retratan fumando y con el pelo recortado como los hombres.

Esto sería cómico si no fuera lamentable. La mujer va perdiendo sus encantos femeninos...

Y menos mal, si no llegan á un acuerdo las sufragistas y las damas del pyjama. Porque sería horrible que, además de pensar como hombres, se vistieran también con los pantalones hombrunos. Siquiera queda el consuelo de que dentro del pyjama sigue oculta una mujercita, como la silueta femenina nos recompensa de lo que hay en el espíritu de la sufragista. Las dos cosas juntas, no.

El retorno

Hasta ahora Máximo Gorki había rechazado siempre la imperial benevolencia. Nunca quiso aprovecharse de los indultos concedidos á los que quisiesen retornar á su patria.

Desde la blanca y azul Italia miraba á la blanca Rusia, retando incansable al Zar. Como en otro tiempo, sentía latir en su corazón, hormiguear en sus manos y arderle en su cerebro el odio de los oprimidos, de los esclavizados, de los ex-hombres...

Pero al fin Máximo Gorki retorna á San Petersburgo. Abandona Capri, la dulce; Niza, la frívola; Florencia, la evocadora...

Vuelve á la patria que le debe, como á Tolstoi, tantas renovaciones y tantas salvadoras rebeldías. El alma rusa ha cambiado. Gorki no ha cambiado. Está débil, está enfermo, como en los años oscuros de rabiosa desesperación por la gloria, por el pan y por el ideal. De nada le ha servido la fortuna. Su pasado es implacable. No en vano se pasa hambre y frío; no en vano los años de lucha hollaron sus pulmones y oprimieron su corazón; no en vano dilapidó la única fortuna de su cerebro...

Gorki siente rondar la Intrusa en torno suyo y quiere morir bajo el cielo gris de Rusia.

Sin embargo, hay algo que le recompensa de esta amargura del dinero inútil, de la gloria ineficaz. Es el amor.

Junto á él, la mujer elegida, María Andrewna, una actriz célebre que abandonó el teatro para consagrarse al adorado enfermo, le cuida, le consuela y cumple la más grata misión de las mujeres de escritores: copiar sus cuartillas después de haberlas oído leer con su religioso silencio de iniciada.

Porque los escritores franceses contemporáneos, no serán grandes poetas, ni grandes dramaturgos, ni grandes novelistas; pero son unos excelentes cronistas.

Boda yanqui

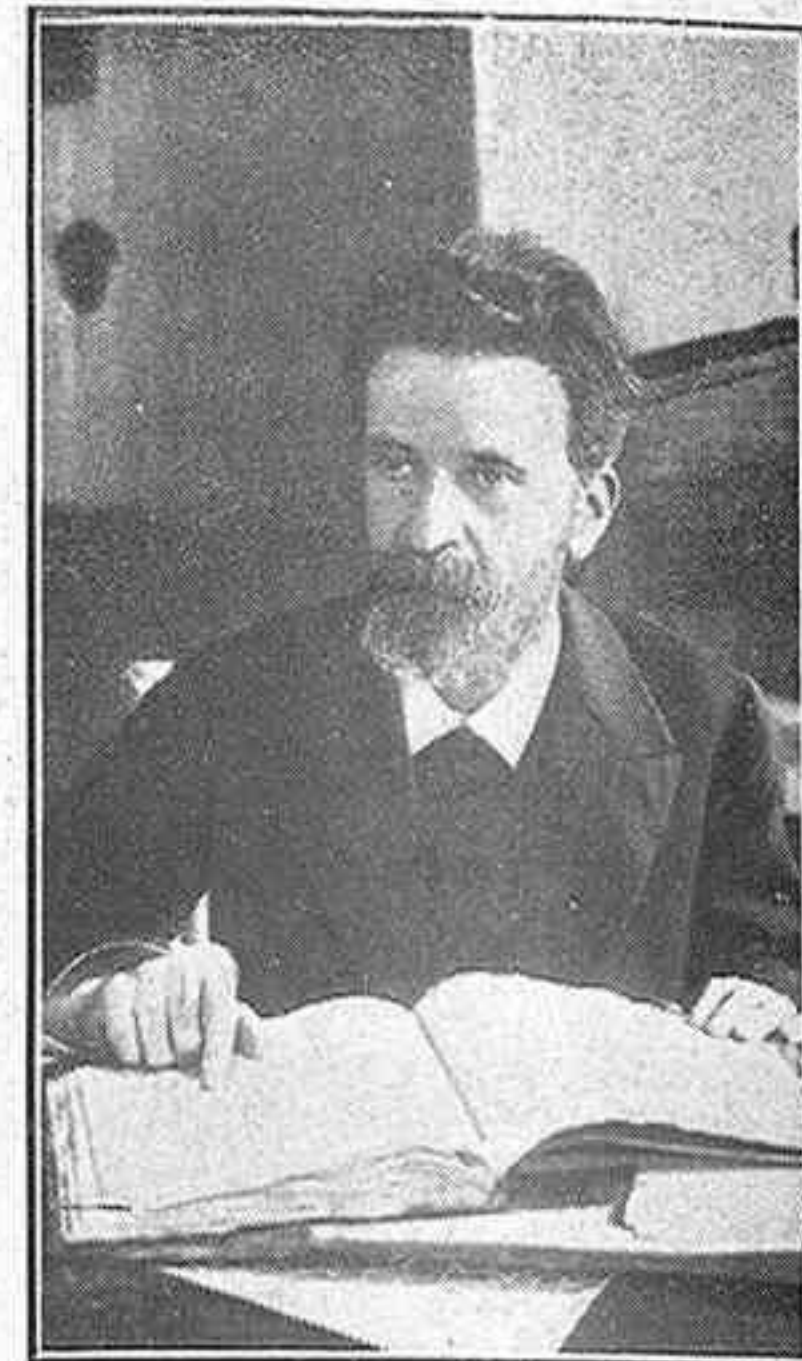
En el Aeolian Hall, de Nueva York, se han casado Miss Smith y Mr. Menzel, por medio de las *vibraciones armoniosas*.

Creyentes ambos en la religión del Nuevo Pensamiento, recibieron la bendición del reverendo Beers, que la representa, en un salón de conciertos. El altar estaba sustituido por un órgano y mientras los tubos—como en aquella poesía de Chocano que sorprendiera un poco á los ateístas—*se preguntaban y respondían*, armoniosamente, los novios quedaron unidos para siempre.

Antes, claro es, habían firmado un contrato civil; pero únicamente al sentirse penetrados por la dulce armonía envolvente de la música se consideraron unidos el uno al otro.

Después de todo, esta excentricidad yanqui, no sorprenderá mucho á los madrileños *castizos* y pintureros. Tampoco los novios de la clase baja consuman un matrimonio sin que intervenga en los detalles de la ceremonia la música. Sólo que en vez de ir á un salón de conciertos como el Aeolian de Nueva York, van á los merenderos de Cuatro Caminos y de Amaniel, y en vez de escuchar emocionados y extáticos la serenidad grave de una sonata beethoviana ó la elegancia gentil de un capricho debussysta, se entregan á la chula marcialidad del pasodoble, á la languidez de la habanera, ó al agitado y absurdo *tuesten*.

José FRANCÉS



OTTO UMFRIED
Candidato al premio Nobel de la Paz

LA MODA Y LAS ACTRICES FRANCESAS



MONNA DELZA



MLLE. SYMPSON

FOTS. HUGELMANN

Ya es bien sabido que la Moda en Francia, tiene un palacio legislativo desde el que dicta sus decretos inapelables y con inmediata fuerza obligatoria. Ese palacio es la escena, y las encargadas de promulgar las leyes, actrices de primera línea. A dos de los más recientes mandatos de la voluble diosa, se refieren las adjuntas fotografías. Fueron lanzados por dos artistas célebres por su belleza y elegancia. El *deshabillé* de la izquierda lo vistió, permítase la paradoja, la lindísima Monna Delza, en la obra *Mon bébé*, estrenada con gran éxito en el Teatro Réjane, de París. Es de tela color plátano y lleva por adorno un entredós bordado. La otra *robe*, presentada por Mlle. Sympson, actriz distinguidísima, es de tul blanco con adornos de cuentas de cristal *clair de lune*, y *paniers* de la misma tela



NOTAS MADRILEÑAS

FOT. CAMPÚA

EL PARDILLO Y LA SIRENA

El tío Zacarías se ha presentado en casa, de improviso. La madre ha acogido emocionada al paisano; el padre le ha saludado con benevolencia, por no tener una desapacible polémica con su conyuge, y las niñas, viendo su traza pintoresca, ni entusiasmadas ni desdeñosas, han cuchicheado junto al balcón, doliéndose de que el tío Zacarías huela ásperamente a pueblo, esto es a desaseo, a corral, a sordidez y a pimentón.

Traía en sus profundas alforjas unas cuantas morcillas ó un puñado de legumbres ó dos docenas de bollos duros, presentes magníficos, con los cuales, el muy tío Zacarías, piensa deslumbrar á sus amigos de la Corte, alojándose en su casa durante una semana de veintitantos días. Porque estos pardillos conocen muy á fondo lo que podría llamarse *el arte de no ir á parar á la Posada del Peine*.

El tío Zacarías ha venido á la Corte á arreglar unos *negociejos*. De paso, claro es, procurará ir á la Parada, visitar las Caballerizas, fumar los puros del marido de su paisana, admirar, en silencio, las lentejuelas y las piernas de

las cupletistas, entrar en muchas tiendas para comprarse un reloj en una casa de préstamos, ver á cierto amigo que está enfermo en el Hospital, y hablar con el *señor Deputao*, ese importante *señor Deputao* que nunca se halla en casa...

Aunque el tío Zacarías viste míseramente, y su sombrero y sus abarcas pregonan estrecheces, que también suelen disimularse con un discreto *chaqué*, no concedáis crédito á tal indumentaria.

En su pueblo se sabe que tiene bastantes pares de mulas, y que los trigales y los viñedos corresponden liberalmente á sus afanes dándole cosechas óptimas.

Además, si la aceituna se hiela un año, el azafrán cotizase, en cambio, aquella vez, á buen precio. Pero el tío Zacarías sabe cómo se apilan las peluconas: él dirá siempre que «los tiempos están muy malos», y la mujer suspirará inexorablemente, para que cuando fallezca pueda decirse, con razón, que «ha lanzado el último suspiro»...

El tío Zacarías, en la Corte, habla poco.

Castellano viejo, no parece que medita, sino que está echando cuentas. Acaso Madrid, la sirena, canta en su corazón, con tanta porfía como maña. El tío Zacarías, astuto y codicioso, vino —no lo olvidéis— á la Corte á arreglar unos *negociejos*. Esta tarde se marchó de casa de su paisana, solo, sin alforjas, rebrillándole extrañamente los ojos.

Ahí está, sentado en la puente segoviana—por la que arrieros, trajinantes y cuaireros vienen pasando desde que Felipe II regía los destinos de nuestra España.—Madrid suena en los oídos del tío Zacarías con más dulce voz que el injuriado Manzanares.

¿A quién espera?

El *pardillo* y la sirena van á celebrar un encuentro memorable. De ello tendremos probablemente noticia en los periódicos mañana: cuando el tío Zacarías, que quiso ganar fuera de su pueblo unos duros, muestre al señor Comisario del distrito un sobre relleno de recortes de periódicos, ó un cartucho—¡ah, malditos Madriles!—lleno de perdigones...

E. RAMÍREZ ANGEL

LA ESFERA

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

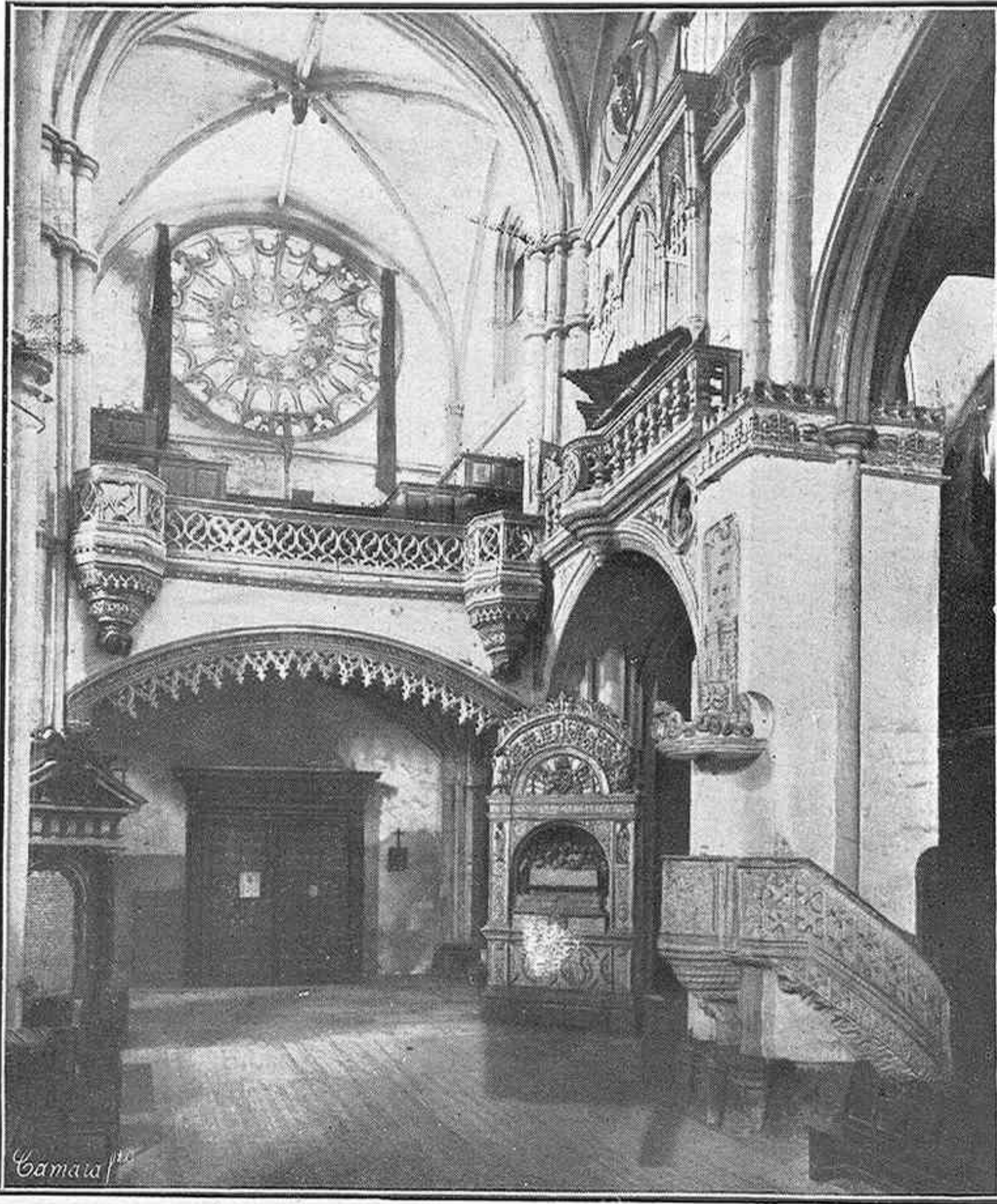


BIBLIOTECA
MADRID

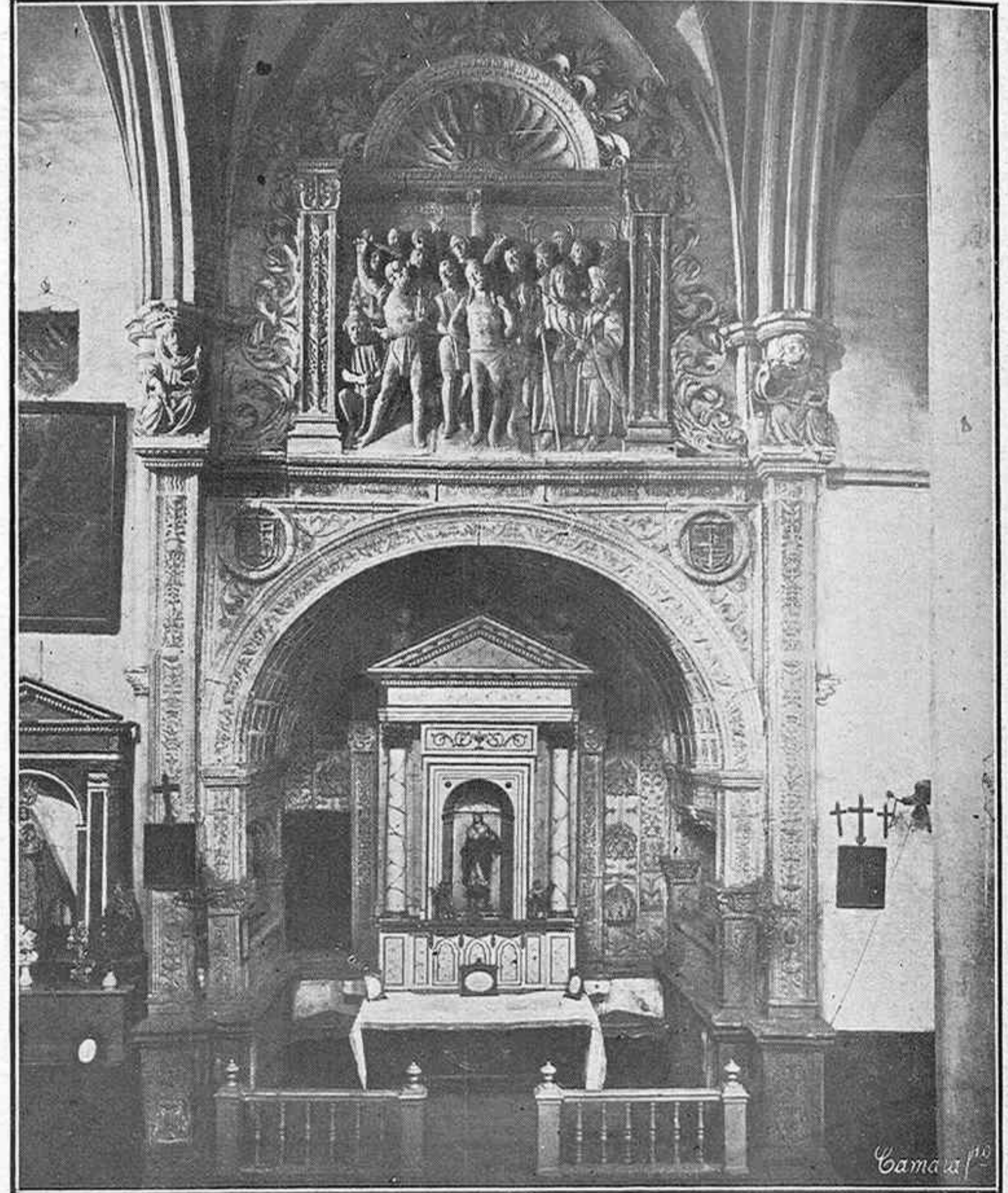
Camara P.

LA GLORIA DEL VENCIDO, por Calvache

BURGOS MONUMENTAL



Nave principal de la iglesia de San Esteban, de Burgos



Una capilla de la iglesia de San Esteban, de gran mérito artístico

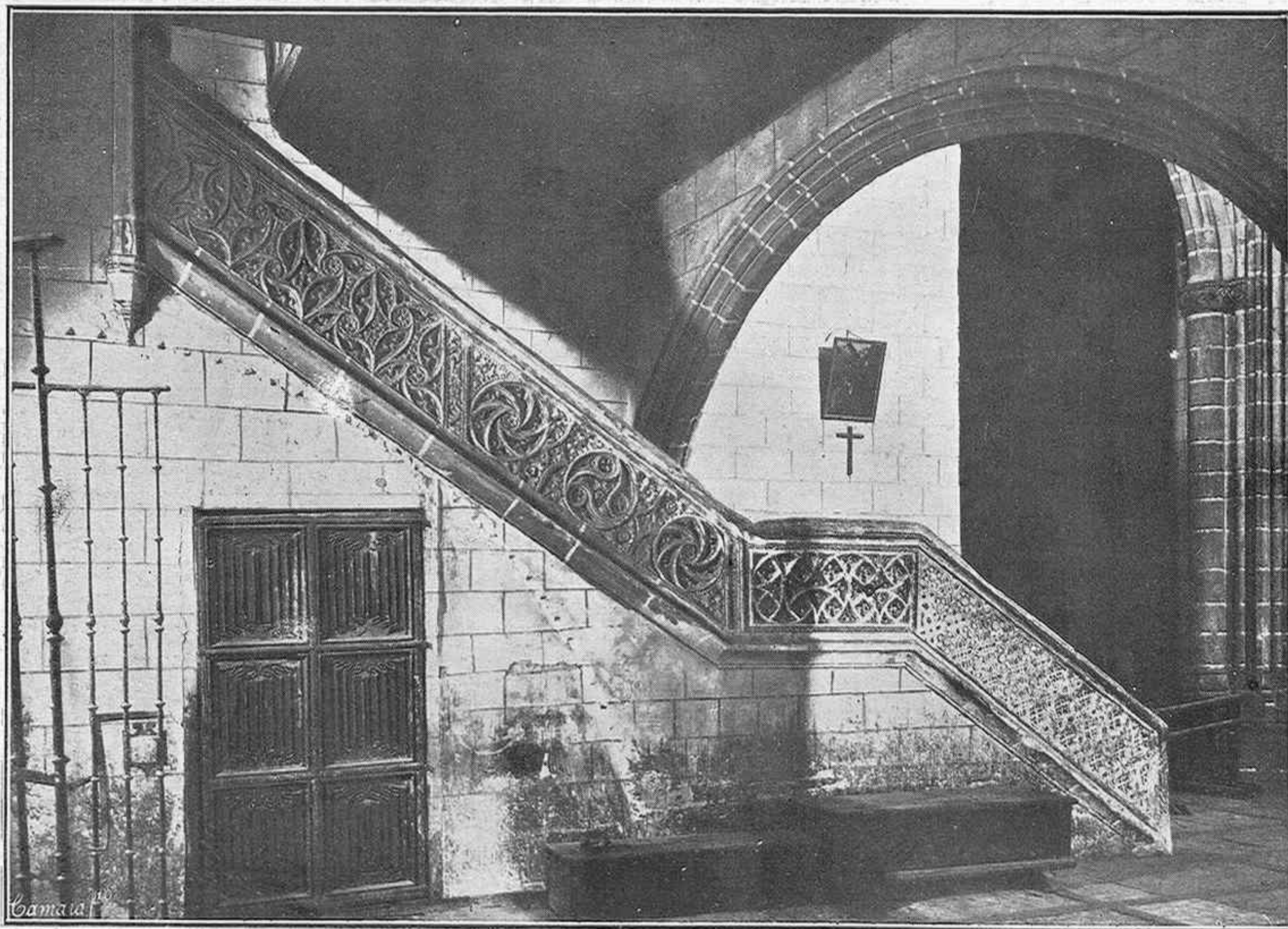
No lejos de la Plaza Mayor de Aranda de Duero, en estrecha y desigual callejuela, levántase erguida la suntuosa fábrica de la *Iglesia de Santa María*, una de las joyas arquitectónicas que encierra la provincia de Burgos. En ese templo, erigido en los últimos años del siglo xv, despierta especialmente la atención su escalera, por su gran riqueza, mejor diríamos exuberancia, decorativa. Ocupándose de esta obra maestra de la época, dice un inteligente cronista de arte: «Es — escribe — peregrina labor de muy delicado encaje, que más parece filigrana labrada con tal primor y maestría, que mientras el conjunto se ofrece gallardo y airoso, destacándose del resto de la fábrica, sorprende la riqueza de los detalles, los cuales semejan más que otra cosa, ser producido del arte de orfebrería». El templo, verdaderamente suntuoso, es de tres naves espaciosas, con bóvedas de cascos ojivales, y cuenta con tres ábsides. Son de gran mérito los retablos de la capilla mayor y las absidales, que fueron obra del siglo xvi, así como el monumental púlpito plateresco, obra de talla

admirable del Renacimiento, dominada por suntuosas marquesinas.

También es digna de una visita, la villa serrana de Silos, pues, en tan agrestes lugares, puede el aficionado a las bellezas arquitectónicas, contemplar otro resto glorioso de pasadas edades de arte. Es el claustro del viejo Monasterio de Santo Domingo, que sirvió de austero retiro al cronista de Alfonso VI, al insigne

silense. Aún se encuentra la fábrica íntegra del inestimable claustro románico, y que data de comienzos del siglo xi. Procedente de este célebre cenobio, hállase en el Museo Provincial de Burgos el frontal del altar mayor, obra de esmalte digna de admiración, labrada en el siglo xi, y en cuyo estilo luchan todavía las tradiciones del estilo latino-bizantino con las influencias del románico. En la capital, y entre los templos antiguos, tiene gran interés para el arqueólogo la iglesia de San Esteban, que data del siglo xiii, y cuya portada es una de las más bellas muestras que en ese estilo ojival ofrezca la provincia de Burgos. El interior del templo no evoca ciertamente memoria de aquella centuria que llenaron con sus nombres y hechos en Castilla, Alfonso VIII, Fernando III y Alfonso X. Todo, aunque artístico, es de época posterior; pero de cualquier modo, es digno de estimación.

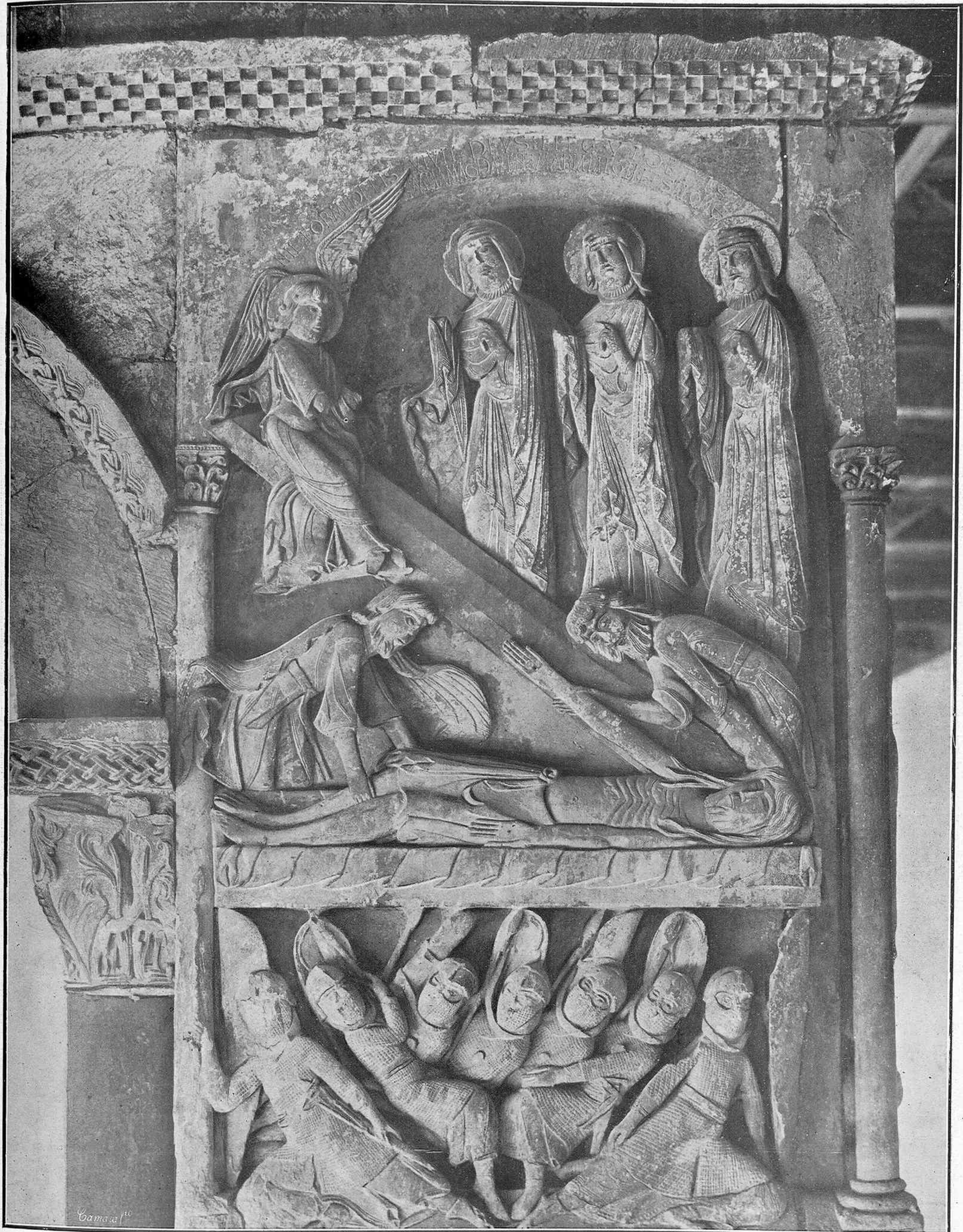
Esta antigua parroquia de San Esteban, es famosa por el papel activísimo que desempeñaron sus feligreses en los disturbios, algaradas y revueltas interiores de el Burgos del siglo xv.



Escalera del coro de la iglesia de Santa María, de Aranda (Burgos)

FOTS. VADILLO

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DEL CLAUSTRO DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE SILOS, DE BURGOS

FOT. VADILLO

EL CRECIMIENTO CONTINUO

NUNCA nos cansaremos de decirlo, haciendo coro á Don Sebastián, el de *La verbena*:
Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.

Un sabio, por casualidad inglés (quiero decir que no es alemán, como de costumbre) y que se llama Baker, va á convertir en una realidad una fantasía.

El alimento de los dioses, que imaginó el célebre novelista Wells, como inagotable estímulo del crecimiento, lo teníamos en casa sin saberlo.

Este alimento no es otra cosa que la electricidad aplicada convenientemente.

Después de darle tantas vueltas al problema del movimiento continuo, estamos aún en la primera vuelta; en cambio apenas iniciado, ya está resuelto, ó casi, el del crecimiento continuo. Arcanos de la ciencia.

El sistema de las corrientes de alta frecuencia que se había ensayado en experimentos restringidos, va á pasar á mayores.

Nada más lógico; pues, naturalmente, el primero que ha de crecer, para convencernos, es el sistema mismo.

No más enanos, ¡oh, empresarios de feria!
No más cortos de talla, ¡oh, comisiones mixtas de reclutamiento!

No más género chico, ¡oh, reclutadores neutros de esperpentos cómico-líricos!

Se ve, desde luego, aparte su interés científico, la importancia general del descubrimiento.

¿A dónde iremos á parar?

¿Podrá quizá el liliputiense de menos alzada, digámoslo así, hombrearse en lo sucesivo con el propio Micrómegas?

¿Podremos todos, sin distinción de marcas, ponernos al habla con los descomunales habitantes de Sirio y de Saturno?

¡Quién sabe!
El señor Baker comenzó sus investigaciones de ampliación, por las bacterias y los hongos, con resultados sorprendentes.

A las primeras pruebas, los hongos se estiraban hasta alcanzar la altura de sombreros de copa.

La Granja-laboratorio donde tiene este sabio establecido, por decirlo así, el ascensor universal, es muy visitada.

Allí no sólo se siente, sino que se ve crecer la hierba, aunque con esto, por otra parte, no va ganando nada la riqueza vegetal; porque, si el sistema no falla, á la par que la hierba crecerá el apetito.

Extendiendo el radio de acción, se ha notado

que la influencia de las ondas eléctricas en el desarrollo precoz de los pollos es maravillosa. Bastan apenas unas cuantas semanas—lo que dura un período electoral escasamente—para que los pollos más desmedrados se pongan hechos unos soberbios gallos.

He ahí un porvenir tan rápido como esplendoroso, para las pubertades militantes.

Ya lo sabéis, pollos de todos los corrales, caponeras y jaulas.

¡Electrizaos!
Y saldréis en seguida cantando aquello de

Somos chiquititos mañana creceremos...

¿Cómo se queja la menuda y graciosa tiple Srta. Isaura, de ser un cominito?

Entiéndaselas con el señor Baker é inmediatamente «rayará á gran altura».

Porque no es broma, broma mía digo.

Es que en vista del magnífico éxito de las experiencias hechas, la antropología trata de explotar el sistema.

Según parece, ya hay en estudio algunos niños que están estirándose.

Lo que todavía no se sabe, es si, por la acción prolongada de las corrientes eléctricas, el crecimiento será indefinido, á voluntad del consumidor, ó solamente se reducirá á conseguir un *máximum* de tamaño en un *mínimum* de tiempo.

La cría y fomento del gigante doméstico queda, por consiguiente, en la duda.

Mas bien mirado—al telescopio,—¿qué se resolvería con la fabricación del gigante artificial?

Nadie se resignaría á achicarse; la uniformidad nos nivelaría á todos.

No habría estaturas diferenciales.

¿Se iba á quedar, es un paradigma, el señor Auñón por debajo del Sr. Barroso, teniendo ambos talla de ministros?

¿Renunciaría *Minuto* á torear por todo lo alto? Universal sería el afán inextinguible que cantó el poeta:

Extenderse, crecer, tocar las nubes.

Verdad es, sin embargo, que ya tocamos el cielo con las manos muchas veces, y como si no.

De resultar que con el sistema eléctrico podría decirse siempre: «hay una continuación», asusta el pensar lo que el Sr. Panadero (que es lo que significa Baker en inglés), pudiera hacer con los panecillos largos.

Si ya son largos de por sí, aún más alargados, ¿quién capaz de alcanzarlos?

La conclusión, pues, á que llegamos, es contradictoria y desconsoladora.

Que crezcan las bacterias, que crezcan los hongos, que crezcan los melones todavía más, si no hay otro remedio.

Pero no envidiemos á los gigantes, que suelen ser descomedidos y soberbios; Don Quijote, que los conocía y no los temía, lo dijo.

Adán, nuestro supuesto padre—de cuarenta metros y pico de estatura—según uno de sus biógrafos,—se rindió á la manzana de Eva.

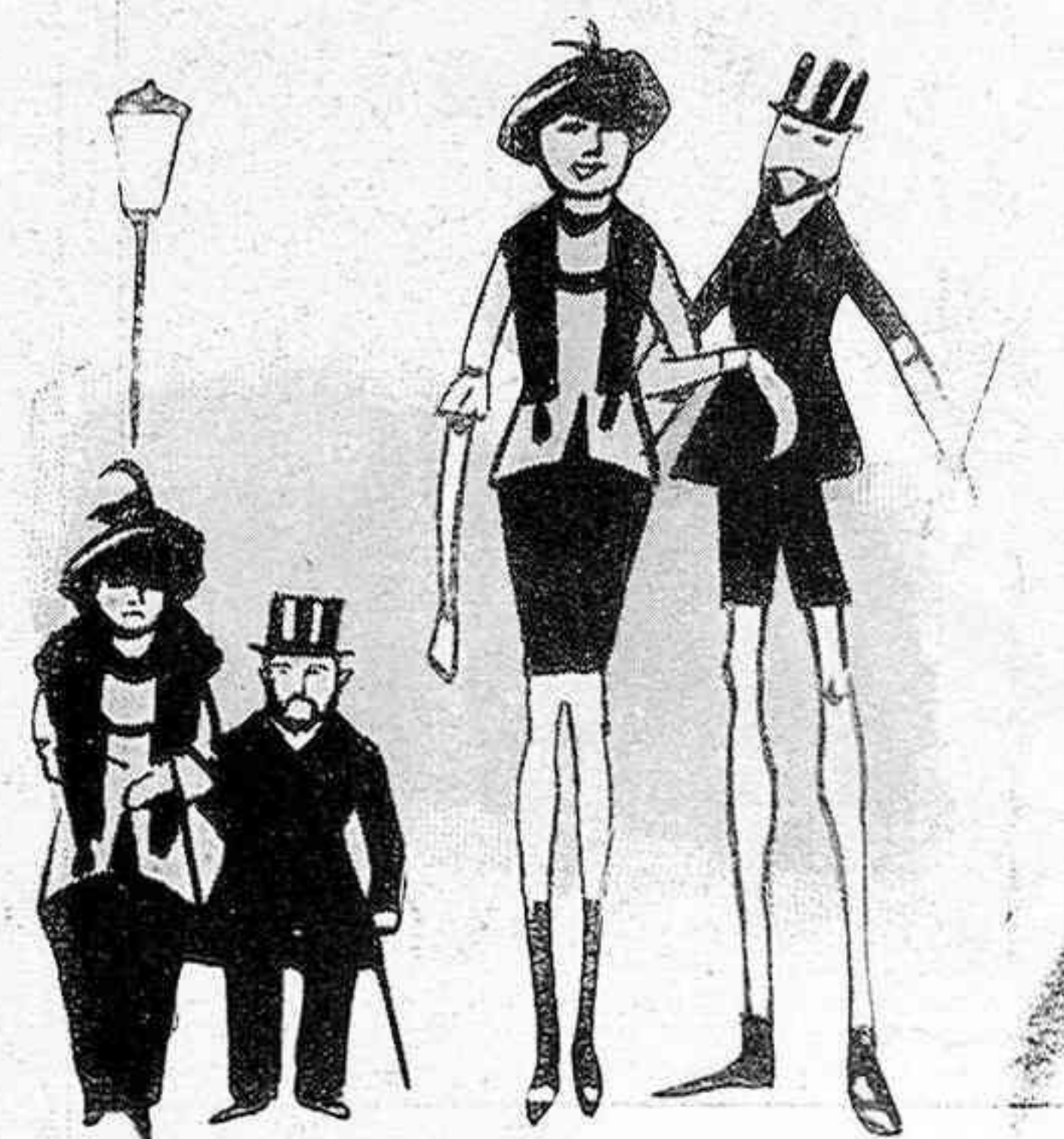
A Goliath, le despachó David, un arpista, de un quijadazo.

Dalila le tomó el pelo á Sansón.

En cambio, Pipino ó Pepino el breve, engendró á Carlo Magno.

Es un tanto.

JOSÉ DE LASERNA



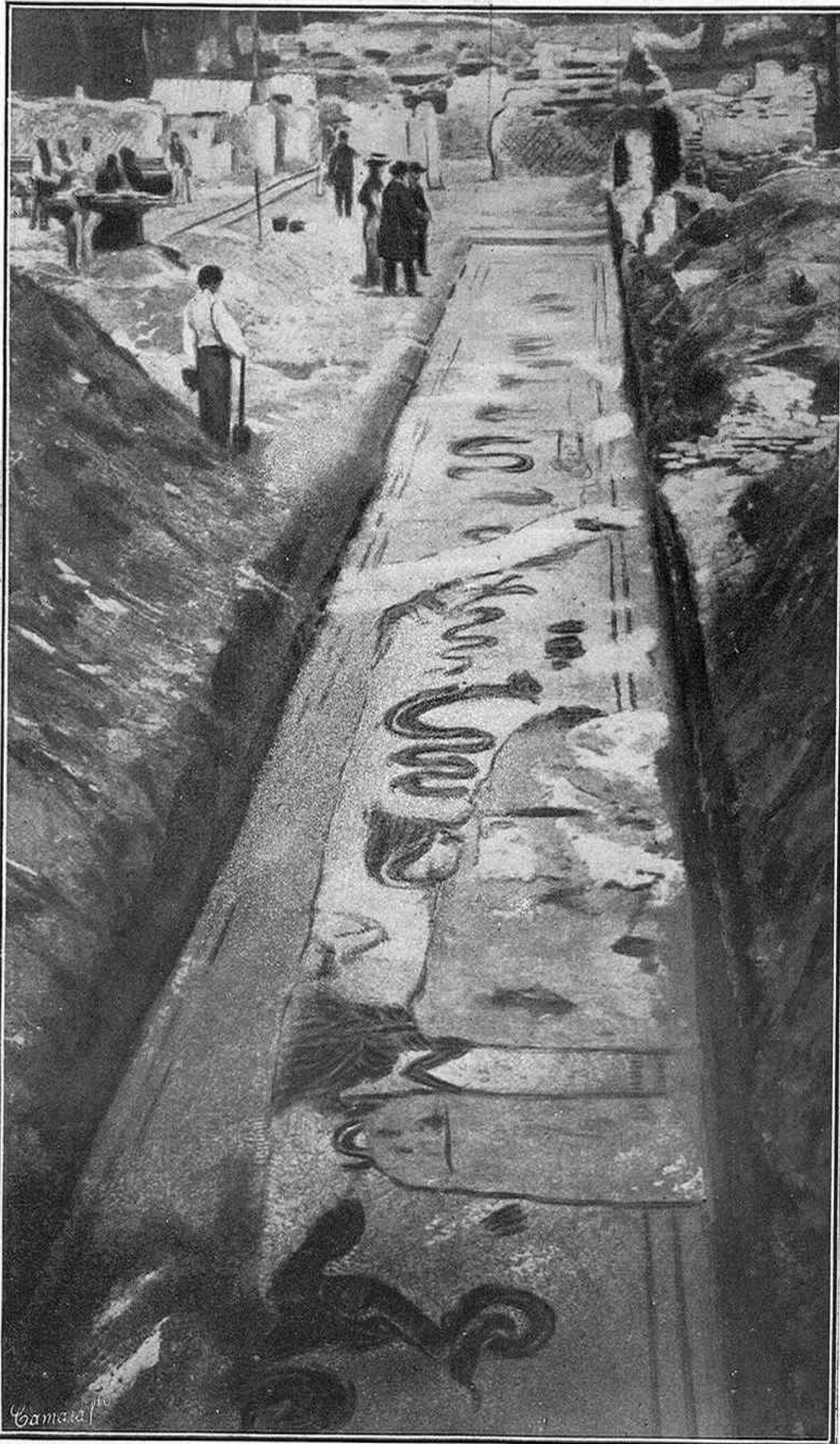
COSTUMBRES HOLANDESES



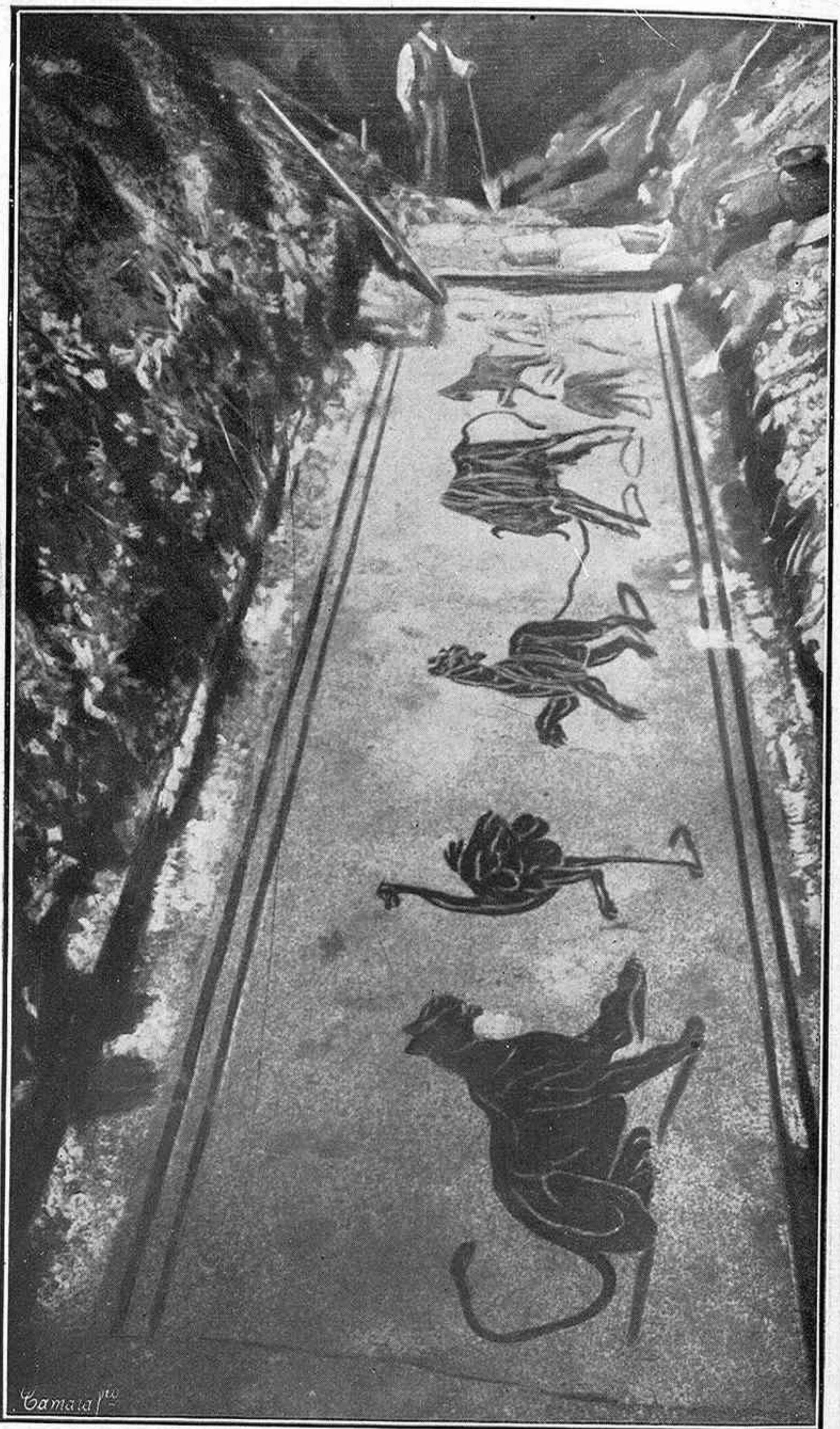
Lo riguroso del invierno ha helado los canales de Holanda en toda su extensión, fenómeno que no ocurría desde hace muchos años. La característica fotografía de esta página presenta una parejita de enamorados deslizando por los canales, convertidos en extensos y sólidos "skatings"

FOT. COPYRIGHT CENTRAL NEWS

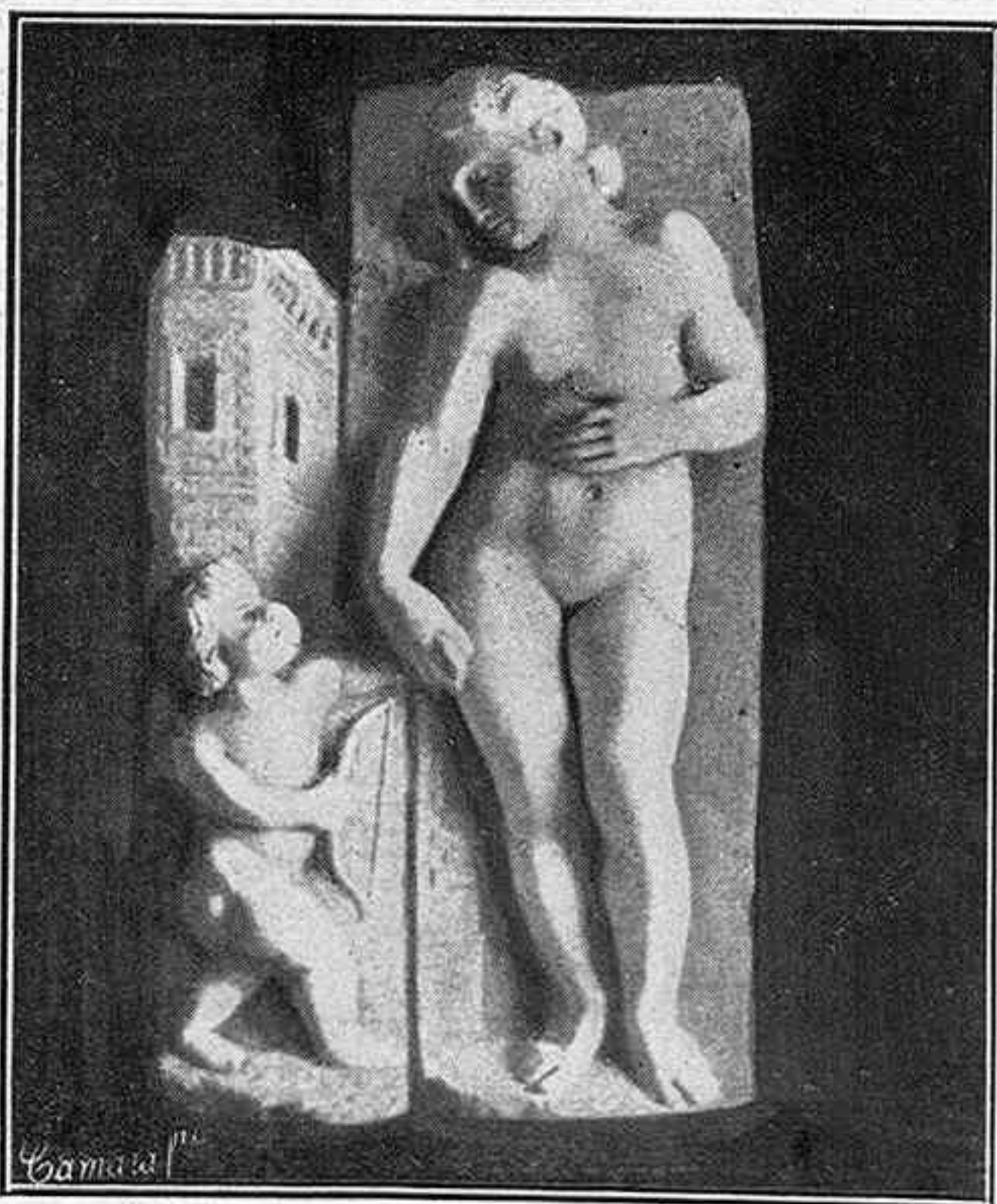
IMPORTANTES HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN ITALIA



Uno de los magníficos mosaicos descubiertos en Castel Porziano, en las excavaciones que se realizan por iniciativa de la Reina de Italia



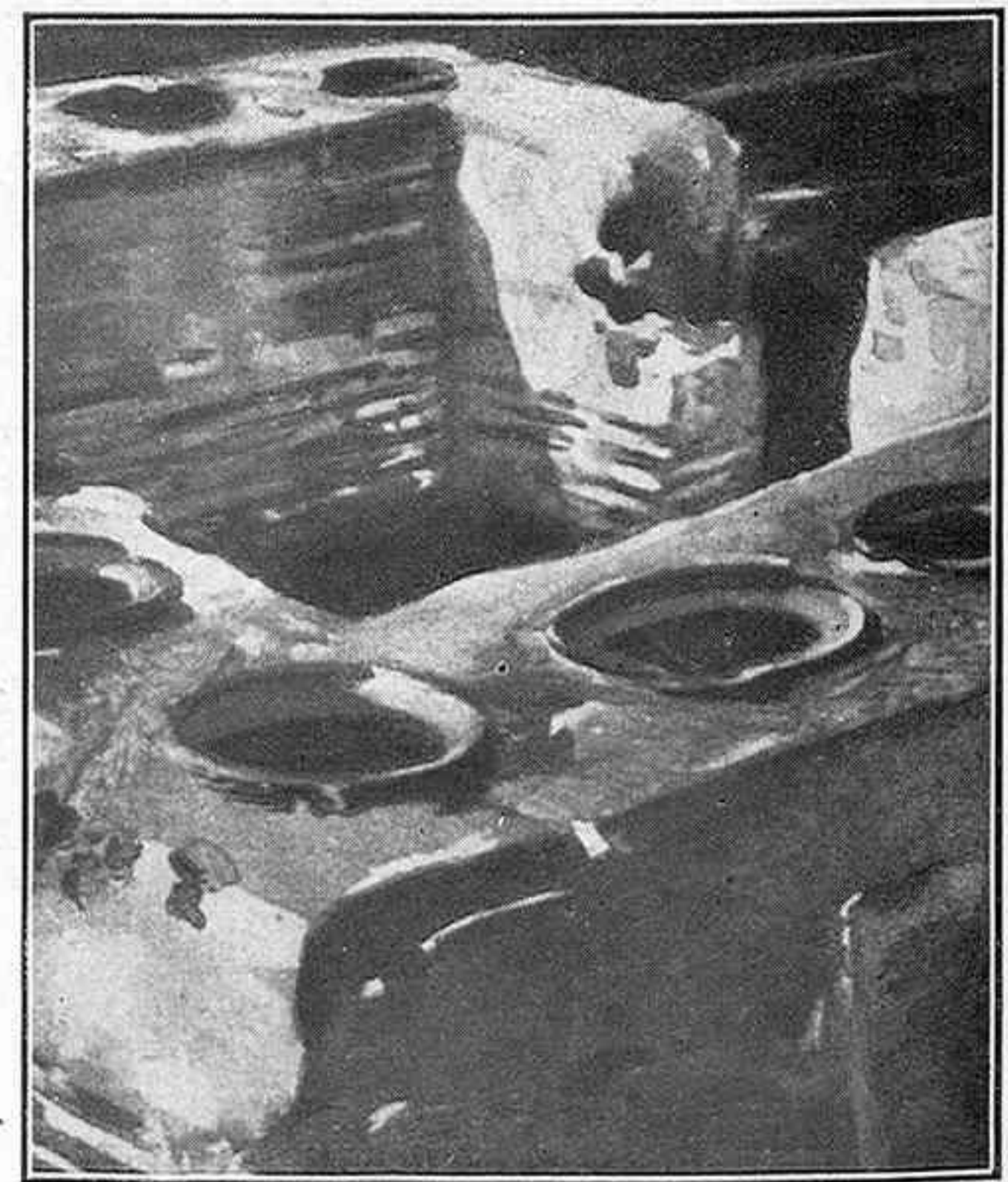
Mosaico en sorprendente estado de conservación, descubierto en un palacio romano de Lavinium, que se supone perteneció a Plinio



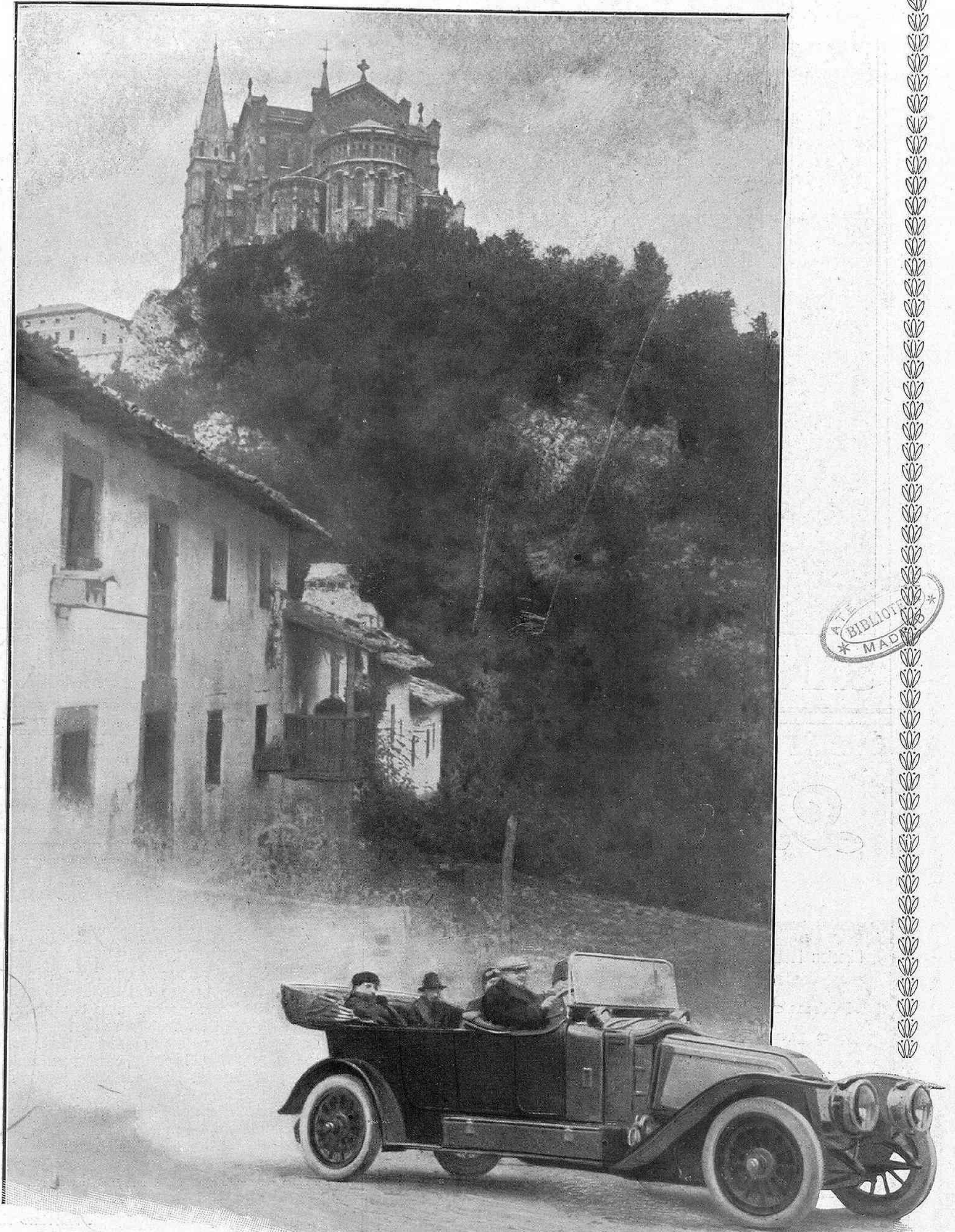
Admirable grupo, en mármol, representando a Venus y Cupido, hallado en Castel Porziano

DESDE 1903, se vienen efectuando en la posesión Real de Castel Porziano, á ocho kilómetros de Roma, importantísimas excavaciones por iniciativa de S. M. la Reina de Italia. La entidad de estos trabajos demuestra el hecho de que hasta Enero último iban descubiertos los restos de tres ciudades romanas y de treinta y cinco casas de recreo, en cuyas ruinas han aparecido además de un número considerable de objetos y de verdaderas obras maestras de arte escultórico, magníficos mosaicos, en sorprendente estado de conservación, por punto general. Como entre los objetos hay no pocas muestras de la Edad de Hierro, del tipo egeo, creen los arqueólogos italianos Lanciani y Pigorini, que con ello se confirma la tradición respecto á que Lavinium, muy anterior á Roma, fué fundada por un pueblo llegado del mar Egeo. Virgilio atribuye esa fundación á Eneas y á su esposa Lavinia.

Del período romano hay hallazgos valiosísimos, especialmente esculturas; una de ellas, de todo punto admirable, representa á Venus y Cupido. Entre las casas de recreo exhumadas parecen encontrarse las de Plinio y Hortensio, este último famoso orador romano y jefe del partido aristocrático.



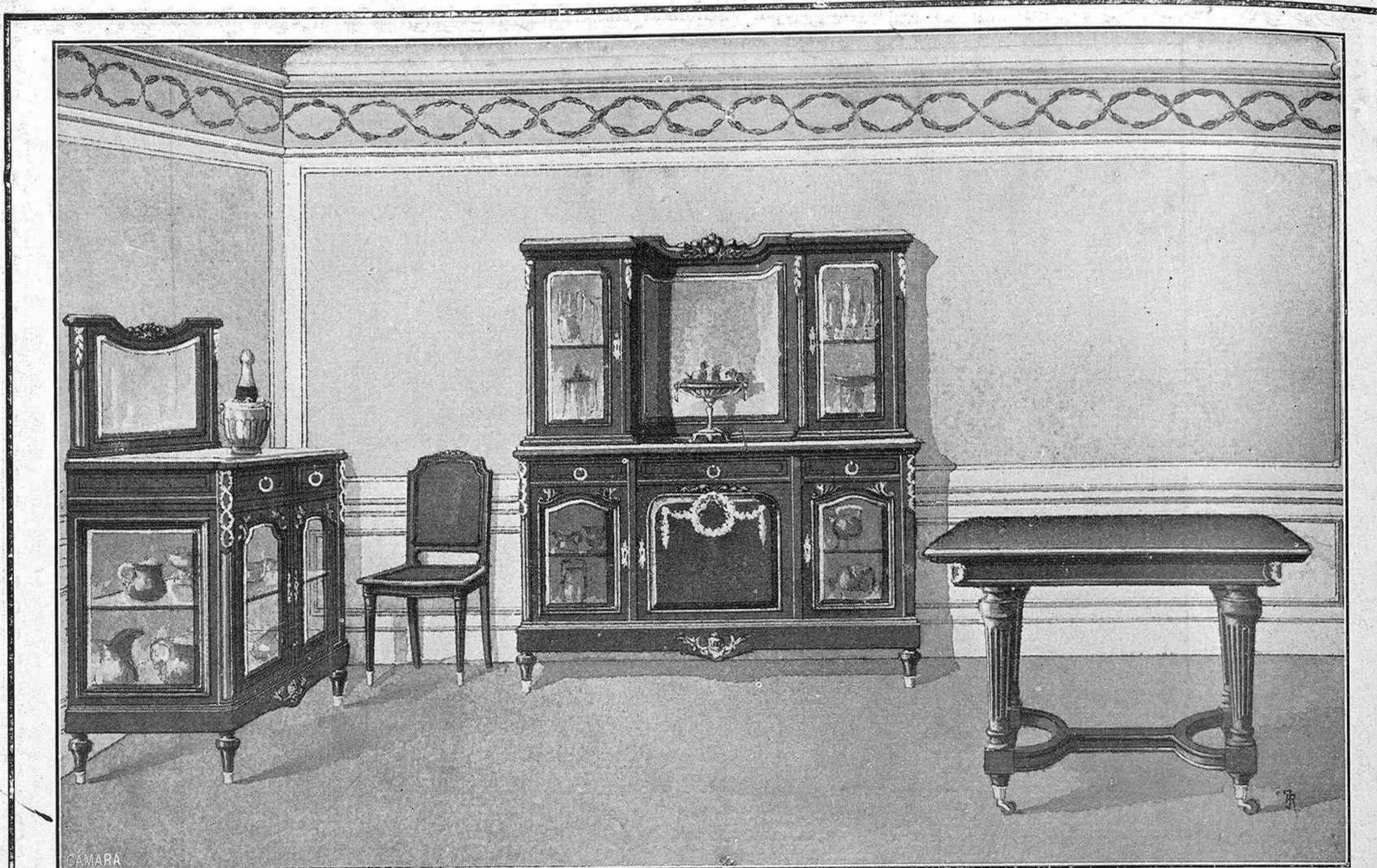
Urnas funerarias romanas encontradas en los muros de un "columbarium", en Castel Porziano



BIBLIOTECA
MADRID

Automóviles Renault

Proveedor de la Real Casa



SANTOS RIESCO 35, ALCALÁ, 35
Muebles de lujo • Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** ☐ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: **50** céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

PAGOS ADELANTADOS

Diríjense pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

Para toda la publicidad extranjera en esta Revista, dirigirse á la
AGENCIA HAVAS
PARIS, 13, Place de la Bourse.-MADRID, Pta. del Sol, 9

SOCIEDAD ANÓNIMA "PRENSA GRÁFICA"

HERMOSILLA, 57, MADRID

El Consejo directivo, por acuerdo de esta fecha, ha resuelto que el pago del dividendo activo correspondiente al ejercicio económico comprendido entre el 10 de Junio al 31 de Diciembre de 1913, se haga efectivo en la Caja de esta Sociedad á partir del día 20 del actual, de 5 á 7 de la tarde, contra presentación del oportuno resguardo. Las acciones preferentes (núm. 1 al 611) percibirán á razón de 37,15 pesetas, y las ordinarias (núm. 612 al 892) á razón de 30,00 pesetas, salvo los impuestos de utilidades y timbre.

Lo que se hace público para conocimiento de los señores accionistas.

Madrid 5 de Marzo de 1914.

*El Presidente del Consejo directivo,
Mariano Zavala*

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina
Massip y Comp.^a
Rivadavia, 698, BUENOS AIRES